



*Seduciendo
al canalla*

Olivia Kiss

Seduciendo al canalla

Serie Seduciendo #3

Sinopsis

Sebastian Cook ha conseguido todo lo que tiene a base de trabajo duro y sacrificio, así que se prometió que jamás caería en las redes de una de esas damas de la alta sociedad para las que durante años fue invisible. Ahora, siendo rico, poderoso y atractivo, es famoso en Londres por sus escarceos amorosos y por dirigir junto a su socio uno de los clubs de juego más conocidos. Por eso cuando Daphne Smith irrumpe en su local con una propuesta de lo más escandalosa, él no duda en intentar deshacerse de ella lo más rápido posible. En primer lugar, porque es una solterona y no quiere verse metido en ningún lío. En segundo lugar, porque la chica resulta ser más interesante y avispada de lo esperado. Y, en tercer lugar, porque presiente que si la deja entrar en su vida podría terminar siendo su perdición. Pero ¿cómo librarse de esa joven que parece destinada a cruzarse en su camino?

1

En teoría, Sebastian debería estar acostumbrado a ver a su mejor amigo en un entorno tan familiar, pero inexplicablemente seguía sorprendiéndose cada vez que ponía un pie en casa de los Gallard. Como esa noche, cuando lo habían invitado a cenar. Nada más entrar en la mansión, había notado el calor de la chimenea encendida, la decoración elegida con mimo y no comprada al azar y, por supuesto, la presencia de su mejor amigo a un lado del salón, cogiendo en brazos a su hija pequeña para entregársela a la niñera.

Se excusó con una sonrisa al girarse hacia él.

—Perdona, Susie ha estado con fiebre toda la semana. —Se pasó una mano por el pelo y tomó aire con gesto abatido—. Parece que ya está mejor, gracias a Dios.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto.

—Qué halagador —bromeó Jack.

—¿Duermes bien? Mejor dicho: ¿duermes?

—Lo cierto es que no mucho. —Su amigo se dirigió hacia el mueble, lo abrió y sacó una botella de coñac y dos vasos—. A Sophie le

cuesta dejar a cargo a Susie con la niñera cuando está enferma. Bueno, si he de ser sincero, nos cuesta a los dos —admitió.

—¿Quién iba a decir que serías el padre del año?

—Qué gracioso. Toma. Bebe y calla.

Pero cuando Jack lo miró, sonrió. Luego chocó su copa con la de él, alzó una ceja y ambos se bebieron el líquido de un solo trago antes de que el primero sirviese más.

Se conocían desde que eran niños. Habían crecido juntos en las calles y la única persona por la que Sebastian estaba dispuesto a poner la mano en el fuego era sin duda Jack. Incluso a pesar de que éste hubiese cambiado tanto en los últimos años: antes era conocido como un diablo que arrasaba con todo a su paso, ahora era un esposo devoto y un padre a tiempo completo, aunque siguiese siendo socio del club que regentaban los dos. Un cambio semejante solo podía ser fruto del amor, de eso Sebastian estaba seguro, aunque, por suerte para él, nunca había vivido ese sentimiento en sus propias carnes. Sin embargo, no por ello cerraba los ojos ante lo que, al parecer, podía llegar a causar en alguna gente.

Como en su amigo. ¿Quién lo iba a decir?

Nadie, desde luego. Había sido impredecible.

Pese a sus reservas iniciales, Sebastian debía admitir que el matrimonio de Jack con Sophie parecía haber sido bueno en todos los aspectos. Aunque eso no significaba que él deseara sufrir el mismo destino.

Para nada. En absoluto. De hecho, Sebastian solo tenía una cosa clara: jamás se casaría. Ni siquiera por todo el oro, el prestigio o el poder del mundo. Omitiendo esa idea, él estaba abierto en todo lo que el destino quisiese depararle.

Cuando Sophie Gallard bajó al salón, él la saludó con cariño.

—Me comentaba Jack que no dormís demasiado.

—Así es. —Ella se sentó enfrente de la mesa y los dos la acompañaron tras permitir que ella se acomodase antes—. Ya lo entenderás el día que seas padre.

—Ah, me temo que eso nunca ocurrirá. —Sebastian sonrió mientras una de las criadas le servía una buena porción de patatas con salsa—. Gracias, es suficiente.

—¿Por qué estás tan seguro? —insistió Sophie.

Él se limitó a resoplar por lo bajo antes de pinchar con el tenedor algunas patatas y llevárselas a la boca. Las degustó sin prisa. Y no la tenía porque había hablado de lo mismo con la esposa de su mejor amigo desde que éste se había decidido a casarse con ella. En resumen: Sophie siempre sacaba a relucir las ventajas del matrimonio y él, en cambio, le recordaba todos los contras. Se enzarzaban en una discusión larga en la que ninguno daba su brazo a torcer, hasta el punto de que en ocasiones Jack se servía una copa, cogía un libro y leía un rato en un sillón del salón mientras ellos dos seguían a lo suyo.

—¿De verdad tengo que responder a eso, mi querida Sophie?

—Sabes que sí —lo instó ella alzando la barbilla.

—Oh, no, otra vez no... —suspiró Jack.

—Estoy seguro porque la idea del matrimonio me produce urticaria.

Ya lo sabes. Y no querrás que me salgan manchas rojizas por toda la piel, ¿verdad? Es desagradable. Prefiero seguir viviendo tranquilo. Créeme, no me falta de nada: tengo mujeres, dinero y poder.

—Me temo que te falta lo más importante.

—¿Un nuevo carruaje? —bromeó Sebastian.

—El amor —replicó ella airada. Aunque conocía al mejor amigo de su marido desde hacía casi dos años y sabía perfectamente cómo era su carácter jocosos, no podía evitar la tentación de debatir con él aquel asunto. Ella pensaba que, más allá de su atractivo aspecto físico, Sebastian debía tener un corazón sensible en algún lugar. Y creía en ello porque, para empezar, le había salvado la vida a su esposo cuando los dos eran unos niños y malvivían en las calles de Londres como buenamente podían. Por eso estaba convencida de que, tras esa fachada de ironía, se escondía un hombre que merecía ser amado y que tenía mucho que dar.

—El amor es un invento de las mujeres.

—Hermano, frena ahí —lo cortó Jack.

Sebastian puso los ojos en blanco antes de echarse a reír y seguir cenando. Pasados unos minutos de silencio, señaló con el cubierto a Sophie y

suspiró hondo.

—Venga, enumérame las nuevas ventajas sobre el matrimonio que se te hayan ocurrido. Y no vale repetir lo mismo que el mes pasado, eso de tener una cama caliente, porque, querida, ya deberías saber que eso puedo tenerlo siempre que quiera.

—Eres un canalla incorregible.

—No me molestaré en negar lo evidente.

—Sí y así quizá esta noche podríamos hablar de algo nuevo, creo que está más que aclarado que Sebastian no piensa casarse por mucho que tú te empeñes en ello, cariño —dijo Jack mirando a su esposa y desviando después la vista hacia su socio—. Tengo algo que comentarte que tiene que ver con el club: Sophie y yo hemos decidido marcharnos unas semanas de vacaciones al campo. Nos ha invitado Anne, su hermana, y el duque de Wellington, Samuel. Y ya sabes cómo son las familias aristocráticas, no llevan bien los desplantes, así que, dada esta situación, me temo que...

—¿Qué has querido decir con eso? —protestó Sophie.

—Nada, cariño. No tiene importancia. —Jack intentó desviar el tema, sabiendo que quizás había hablado de más—. Lo relevante aquí es que Sebastian tendrá que hacerse cargo a solas del club durante ese tiempo. Espero que eso no suponga un problema.

—No lo será. Lo tengo todo controlado.

—Eso imaginaba. —Jack asintió calmado.

—La clientela no hace más que aumentar.

—Es decir, que cada vez hay más hombres mujeriegos y dispuestos a tirar su dinero a la basura —tradujo Sophie, algo que a Sebastian lo hizo sonreír—. A veces pierdo la fe.

—Pues no deberías, cariño —contestó Jack—. Esa gente tira su dinero, sí, pero nos lo da a nosotros. Creo que es un trato justo. Nadie les pone una pistola en la cabeza. Y en cuanto a los hombres... —Le dirigió a su esposa una mirada ardiente desde el otro lado de la mesa—. Digamos que no hay en toda la ciudad uno mejor que el que ya tienes.

—En eso debo darte la razón. —Escondió una sonrisa.

Terminaron de cenar en silencio. Aunque a Sebastian lo incomodaba el hecho de estar en un hogar (por eso rara vez pisaba el suyo propio), debía admitir que el único en el que se sentía algo tranquilo era en el que los Gallard habían formado. Le gustaba ver que Jack había encontrado la felicidad y que se había casado con una joven decidida e interesante. A él solían invitarlo a cenar una vez al mes, aproximadamente, y nunca se negaba a ello. Las veladas eran divertidas y agradables, y cuando acababan de cenar, Sophie solía disculparse antes de marcharse y dejarlo un rato a solas con Jack.

Una vez en el despacho de su amigo, bebían una copa mientras se ponían al día sobre los últimos acontecimientos importantes. Por suerte, solían tener bastante controlado todo lo referente al negocio y, en su

compañía, Sebastian podía mostrarse relajado, sin estar alerta como siempre, porque era la única persona que comprendía su forma de ser, su pasado y, por ende, su presente. Nadie más podía entender por qué se mostraba tan cauteloso con todo el mundo, por qué era desconfiado o por qué continuaba teniendo la costumbre de mirar dos veces hacia atrás por encima del hombro cuando caminaba por la calle, como si temiese que alguien pudiese seguirlo como cuando cometían alguno de los tantos robos que habían llevado a cabo siendo niños para poder sobrevivir.

—Entonces, ¿ningún problema con las vacaciones?

—Ninguno —le aseguró de nuevo—. Disfrútalas.

—Si ocurriese cualquier cosa inesperada, quiero que me informes.

Mándame una carta urgente, ¿de acuerdo? Tenme al tanto de todo.

—Eso haré. Pero, descuida, ¿qué puede pasar?

Jack se encogió de hombros y bebió un sorbo.

—No lo sé. Nunca se sabe...

2

Había algo inexplicable a la hora de dirigir un club que a él le calmaba: la rutina dentro del lugar menos rutinario del mundo. Podía parecer algo contrario, pero no era así. En esencia, el local era un lugar ruidoso, lleno de gente, humo, mujeres, juego y morbo. A él le fascinaba por completo. Sin embargo, pese a que siempre ocurría algo nuevo, escándalos imprevistos, era más de lo mismo para Sebastian y no rompía sus habituales quehaceres.

En resumidas cuentas, a esas alturas se encargaba tan solo de supervisar a las personas que trabajaban para él y para Jack. El servicio de seguridad, sus hombres de confianza y al personal de sala. Las mujeres, en cambio, iban por libre y solo rendían cuentas ante el burdel de Francine, que quedaba una calle más abajo. Ellos no querían abarcar más de lo que les interesaba mantener. A Sebastian le bastaba con llevar el control de aquel lugar.

—¿Hay mucha gente esta noche? —le preguntó a John, uno de seguridad.

—Bastante, jefe. Preveo que haremos buena caja hoy.

Sebastian inspiró hondo. Le dolía la cabeza horrores.

—Bien. Estaré en mi despacho. Pide que no me molesten.

—Descuide. Yo me encargo de que así sea —contestó.

Él subió las escaleras mientras el jaleo empezaba a crecer en la primera planta con la llegada de los primeros socios del club. Una vez en su pequeña guarida, se relajó. A diferencia del despacho que Jack usaba entonces, el suyo era casi una habitación y bastante grande. Tenía sentido, dado que apenas pisaba la casa que tenía en Mayfair. Sebastian se sentía más seguro entre aquellas paredes. El ambiente en el club le recordaba al lugar donde había vivido toda su vida: las calles. Bastas, llenas de todo tipo de gente. Pero había algo diferente entre su pasado y su presente: ahora era él quien ponía las normas.

Ser plenamente consciente de eso siempre lo calmaba.

La cuestión era que allí se sentía bien. Por horrible que pudiese parecer a los ojos de otras personas, era su hogar. De modo que su despacho tenía un sofá largo y mullido en el que él solía dormir, una mesa grande donde él trabajaba y almacenaba las fichas de todos los socios y, por supuesto, la mejor parte: un pasadizo secreto que conectaba con la sala de observación; un lugar situado en la última planta del edificio, preparado expresamente para que ellos pudiesen observar sin ser vistos todo lo que ocurría en la sala de juego.

Sebastian tan solo encendió un pequeño quinqué antes de tumbarse en el sofá y cerrar los ojos con fuerza. Solía tener jaquecas a menudo. Se tapó los ojos con un brazo e intentó ignorar los pocos ruidos que llegaban desde

abajo con la esperanza de que pronto se le pasase. Sin embargo, apenas una hora después, llamaron a la puerta.

Él suspiró sin humor y giró la cabeza.

—¡Entra! —le gritó a quien quiera que hubiese llamado. Imaginó que sería alguno de sus trabajadores o John, su hombre de seguridad. En efecto, no se equivocó.

—Señor, sé que me dijo que no le molestase, pero...

—Espero que sea importante —lo cortó secamente.

—No estoy seguro. Lo que sí resulta es *insistente*.

—Ve al grano, John —se quejó malhumorado.

—Es una mujer. Insiste en verle personalmente.

—¿Y me molestas por eso? —Se incorporó.

¡Lo que le faltaba! Que ahora mujeres despechadas se plantasen en su negocio y exigiesen verlo. Como se había tumbado a descansar un rato, no estaba bien vestido cuando se puso en pie: tenía la camisa algo abierta, arremangada y por fuera del pantalón.

—Dile que se marche —gruñó sin pensárselo.

—Pero es que... es una señorita conocida...

—¿Señorita? ¿Una prostituta? —preguntó.

—No, jefe. Es una dama —aclaró al fin.

¿Y qué demonios hacía una dama en su club de juego?, se preguntó, pero antes de que pudiese hacer esa misma cuestión en voz alta, algo se

movió tras John y apareció en el hueco de la puerta. La chica se agachó para pasar bajo el brazo que su seguridad tenía apoyado en el marco y entró en su despacho como si aquello fuese lo más normal del mundo.

Sebastian parpadeó aturdido, mirándola.

La joven tenía el cabello pelirrojo; algunos rizos naranjas habían escapado del intrincado moño y le rozaban las sienes. Sus ojos eran cálidos, pero intensos. Y su boca rosada y un poco ancha destacaba en aquel rostro que él ya había visto antes en distintos salones de baile, durante las pocas veces que se dejaba caer en alguna pretenciosa fiesta tan solo para molestar a los presentes y hacerles saber que tenía el poder y el mismo derecho que ellos.

—¿Sebastian Cook? Quería hablar con usted.

—De eso ya me he dado cuenta —protestó él.

—Señor, si me lo pide, la sacaré de aquí de inmediato —intervino John todavía un poco confundido. El hombre estaba acostumbrado a tratar con delincuentes, borrachos y todo tipo de timadores, pero no con damas que no parecían haber perdido nada allí.

—Yo me encargo, no te preocupes. Cierra la puerta.

Cuando se marchó, la habitación se sumió en un silencio cargado de tensión, pero ella no pareció notarlo. O si lo hizo, Sebastian pensó que lo disimulaba francamente bien. Más que nerviosa, la joven parecía... curiosa. Esa era la palabra, sí. Sus ojos se movían de un lado para otro contemplando

todo el lugar como si deseara retener cada detalle en esa pequeña cabecita hueca. Porque no había otra explicación para entender que estuviese allí más allá de eso, de que la pobre fuese un poco corta de entendederas.

Él intentó recordarla, aunque no tuvo que esforzarse demasiado. Sebastian siempre había tenido una memoria prodigiosa y una facilidad asombrosa para los números.

—Daphne Smith —pronunció su nombre despacio.

—Sabes cómo me llamo —se sorprendió ella.

—La hija mayor de los Smith, sí.

—Bien, eso nos ahorra las presentaciones.

Sebastian le dirigió una mirada afilada. No tenía ni idea de qué podía hacer una mujer como ella en aquel lugar. Llevaba un vestido a la moda, pero muy recatado y no demasiado apretado, así que era imposible intuir su figura bajo las capas de tela. Sin embargo, sí era fácil deducir que se trataba de una dama de alta cuna y, si alguien la había visto entrar, se habría dado cuenta. O al menos, si ese alguien era tan observador como él.

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

—Tengo una propuesta que hacerte.

—Adelante. No tengo toda la noche.

—Quiero que me dejes visitar tu club a menudo. Antes de que te niegues de inmediato, déjame decirte que trabajo para un medio de comunicación importante, aunque pocos lo saben, y que desde luego pienso

ofrecerte algo a cambio.

Él parpadeó antes de fruncir el ceño.

—¿Estás completamente loca?

—¡Claro que no! Eso es ofensivo.

—Lo ofensivo es tu propuesta. Y que te presentes en mi despacho sin haber sido invitada. Para ser una señorita, veo que no te han enseñado muchos modales, *milady*.

—Los suficientes para enfrentarme a alguien como tú.

Eso le hizo sonreír a Sebastian. Aún seguía un poco descolocado por la situación cuando dio un paso hacia ella sin dejar de mirarla y analizarla desde todos los ángulos. Pensó que era una criatura fascinante. Estaba ahí, plantada delante de él, con la barbilla alzada, los ojos desafiantes y su cabello del color del fuego. Al acercarse más a ella, le llegó su olor. Fue como si alguien acabase de darle un golpe. Era delicioso, sutil y suave.

Demasiado suave para alguien como él.

—Márchate antes de que sea ya tarde.

—¿Tarde para qué? —replicó Daphne.

—¿Acaso no sabes que si alguien te ve entrar o salir de aquí tu reputación quedará arruinada para siempre? Se te nota a la legua. —La miró de arriba abajo.

—No me importa mi reputación.

—Tienes que estar bromeando...

—Por supuesto que no. Seamos sinceros, sabes perfectamente quién soy. Daphne Smith, la eterna solterona que se pasa las veladas en un rincón del salón de baile. Lo que quizá no sabes sobre mí es que no deseo casarme. Lo único que he querido toda mi vida ha sido poder valerme por mí misma y, por suerte, hace unos años conocí a alguien que me dio la oportunidad de trabajar para un conocido medio. El problema es que...

—Continúa —le ordenó él, impaciente.

Impaciente porque, para empezar, estaba absolutamente intrigado por la mujer que tenía delante. ¿De dónde había salido? ¿Desde cuando una dama no deseaba casarse?

—Necesito material interesante. Desde hace un tiempo me cuesta más conseguirlo; es lo que tiene ser soltera y haber pasado a ser invisible durante la temporada, que ya no me invitan a tantas fiestas ni me relaciono con las mismas personas.

—Creo que no lo estoy entendiendo...

—Escribo una columna de sociedad.

Sebastian intentó esconder su sorpresa.

—Vaya. Qué interesante giro. Sigue.

—Y para seguir haciéndolo necesito cotilleos jugosos. Llevo días dándole vueltas a mi problema y he llegado a la conclusión de que todo lo que necesito está aquí mismo. En tu local entran y salen hombres diariamente, hablan de sus asuntos, se relacionan con prostitutas o eso he

oído y se muestran desinhibidos y sin filtro. Justo lo que busco.

—Claro. Si no fuese porque, precisamente, esos hombres vienen aquí para poder hacer todas esas cosas de forma absolutamente anónima. Es la gracia del club, ¿comprendes? Maridos aburridos de su vida y de sus esposas que buscan experiencias distintas.

Ni siquiera sabía por qué estaba discutiendo eso con ella. ¿Se había vuelto loco? Lo que tenía que hacer era largarla de allí de inmediato, porque había algo en esos ojos intensos que le hacía pensar que, de lo contrario, terminaría teniendo problemas.

Y lo último que Sebastian Cook quería eran problemas.

Había tenido demasiados a lo largo de toda su vida como para desear más. Ahora prefería las cosas sencillas, sin contratiempos, siempre teniendo el control de la situación.

—Pero maquillaré las historias o contaré las cosas a medias, según lo que me entere de la otra parte. Es decir, nadie se dará cuenta de que la información sale de este lugar.

Sebastian se echó a reír y luego resopló, mirándola.

—Estás absolutamente chiflada —le dijo—. ¿Se puede saber qué columna escribes? Y todavía mejor, ¿qué gano a cambio por permitir semejante locura?

Vio que ella enrojecía de pronto. Aunque la chica hacía un gran esfuerzo por mantenerse serena, no lo consiguió bajo su escrutinio. Notó el

leve temblor de sus piernas y una tensión creciente en la habitación que aún no podía entender. Hasta que ella habló.

—Escribo de forma anónima...

—¿No piensas decirme con qué nombre?

Él la rondó como si fuese una deliciosa presa.

—Daisy X —confesó, consiguiendo que Sebastian abriese los ojos unos instantes, antes de esconder el gesto. Era, desde luego, una de las columnas de sociedad más leídas de todo Londres. Las damas esperaban ansiosas cada entrega y, por lo que él sabía, muchos hombres también lo hacían, aunque no estuviesen dispuestos a admitirlo.

—Interesante. ¿Y qué ganaría?

—A mí —dijo en un susurro.

Sebastian alzó una ceja, confuso.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Yo... —Ella tragó saliva con fuerza—. Estoy dispuesta a ser tu amante. No tengo experiencia, pero aprendo rápido. Creo... que es un buen trato. Apenas te molestaré mientras esté por aquí y, además, puedo conseguir que te inviten a fiestas, si es lo que quieres.

—Por todos los demonios —siseó él.

Se quedó paralizado en medio de la habitación, observándola fijamente. De repente, su dolor de cabeza parecía haberse esfumado. Todos sus sentidos estaban centrados en la mujer que tenía delante, con las mejillas

encendidas y una mirada vacilante. Él ni siquiera sabía qué decir. Era la situación más descabellada e insólita que había vivido en mucho tiempo. Por desgracia, su cuerpo no estaba tan entumecido como su cerebro, y no pudo evitar sentir un latigazo de excitación ante aquella indecente proposición. Una parte oscura de él deseó romper la distancia que los separaba, besarla hasta dejarla sin aliento y desnudarla allí mismo, aunque, desde luego, Daphne Smith no era ni de lejos su tipo. Más bien todo lo contrario. Era la típica mujer que él jamás había mirado más de dos veces en una fiesta.

Pero no dejaba de ser una dama.

Una dama torpe y muy ignorante.

—Será mejor que te marches.

La desilusión tiñó su mirada durante un segundo fugaz. Pero, lejos de obedecerle, permaneció allí, quieta, lamiéndose los labios como si intentase buscar las palabras que había perdido. Sebastian no pudo evitar calentarse ante ese gesto tan sutil.

—Pero... ¿por qué? Quiero decir, ya sé que no soy una mujer atractiva y es cierto que no sé mucho sobre los hombres, pero tenía entendido que no suelen ser selectivos y...

—Deja de hablar —la cortó, respirando hondo—. Llamaré a John para que te acompañe hasta un carruaje. Espera aquí —ordenó con brusquedad.

Estaba cabreado, especialmente con ella por haber aparecido en su

despacho de improviso, descolocándolo totalmente. Si horas atrás había pensado que una de las mejores partes de su club era que la rutina siempre era igual, se había equivocado de lleno. Eso, desde luego, sí rompía su rutina. Ni en un millón de años hubiese imaginado que tendría que lidiar con una dama soltera. Ah, conocía a las mujeres como ella, las conocía bien...

—¡Espera! ¿Qué tengo que hacer para...?

—Mantén la boca cerrada —gruñó él.

Antes de que pudiese decir nada más, Sebastian salió de su despacho, bajó las escaleras de dos en dos y le ordenó a John que la sacase de allí lo más rápido posible. Luego, airado, se dirigió a la habitación de al lado, aquella que usaba para vigilar a los clientes, y se preparó una copa de coñac mientras se apoyaba en el alfeizar de la ventana. Esperó con impaciencia, mirando hacia calle apenas iluminada bajo la tormenta que había empezado a desatarse esa noche. Estaba tenso. Los músculos casi doloridos. Se bebió el contenido del vaso de un solo trago. Entonces, por fin, la vio salir junto a su hombre de confianza. Se había puesto la capucha de la capa que vestía, pero, aun así, era fácil adivinar que no era una muchacha cualquiera de los bajos fondos de Londres.

No es que le importara su reputación.

No le importaba en absoluto.

Claro que no...

¡Demonios!

Sí, sí le importaba, aunque sin razón.

Era más que evidente que ella no estaba preocupada, de no ser así no se habría presentado en su club sin ser invitada con una propuesta tan, ¿absurda?, ¿alocada?, ¿escandalosa? Desde luego, lo había pillado por sorpresa. Lo que él obtenía a cambio de dejarla pasear a sus anchas por su territorio era convertirla en su amante...

No pudo evitar sentir una sensación cálida en el pecho al pensar en lo inocente que era Daphne Smith. No era falsa modestia, pero él tenía amantes para aburrir. De hecho, a menudo le ocurría eso: que se aburría. Tan simple como algo así. Había tenido entre sus brazos a docenas de mujeres hermosas durante los últimos años, pero hacía ya tiempo que se sentía insatisfecho. Ni siquiera tener escarceos con la esposa de alguno de sus enemigos saciaba esa apatía que se había instalado en su interior últimamente.

Aunque debía admitir que su propuesta no le había dejado indiferente, no. El deseo se había extendido rápidamente por su cuerpo. Un deseo intenso y feroz que él no dejó que aumentase más, porque sabía que aquello era imposible, que no le convencía y que, además, no caería en la trampa de Daphne. No era la primera vez que oía algo así...

Mujeres solteras y desesperadas que buscaban comprometer a un hombre para conseguir que éste se viese obligado por la sociedad a casarse con ella.

No había otra explicación para lo que Daphne había dicho.

“Nunca he deseado casarme”. Imposible.

Seguro que solo era un farol.

Inspiró hondo, dejó el vaso a un lado y se cruzó de brazos mientras se inclinaba más hacia la ventana y la veía discutir con John. No parecía dispuesta a subirse en el carruaje que él mismo le iba a proporcionar. ¡Maldita necia! Contuvo la respiración al tiempo que seguía presenciando la escena: ella gesticulaba con los brazos y se alejaba de la puerta que su seguridad acababa de abrirle para que entrase. Un minuto después, tras no parecer llegar a un acuerdo, ella dio media vuelta y, sin mirar atrás, se alejó caminando calle abajo.

Sebastian tuvo que parpadear varias veces.

¿Qué demonios estaba haciendo? Era idiota.

La idiota más grande que había conocido nunca.

Pero, en teoría, esa idiota no era su problema. No.

Cerró los ojos e intentó convencerse de ello. No la conocía. No le debía nada. No le gustaban las mujeres como ella, damas mimadas, ni mucho menos las que intentaban cazarlo para terminar atándolo a un matrimonio que no deseaba. No era asunto suyo que ella fuese tan tonta como para largarse caminando por la calle como si aquello fuese lo más normal del mundo, cuando él había puesto a su disposición un carruaje.

Daba igual que en Londres hubiera ladrones, hombres peligrosos...

A él eso le daba completa y absolutamente igual.

Solo que no. No se la daba. No podía...

Maldiciendo entre dientes, Sebastian se dirigió hacia la puerta dando dos zancadas largas, bajó los escalones a duras penas y llegó al recibidor sin aliento. Para su desgracia, un par de socios entraban en ese momento y lo retrasaron saludándolo. Consiguió quitárselos de encima lo más rápido posible y salir a la calle por la puerta trasera. John seguía allí.

—¿Dónde está ella? —rugió Sebastian.

—No lo sé, jefe. No quería subir.

—¡Deberías haberla obligado!

Después, echó a correr por las calles oscuras sintiendo la humedad de la lluvia que caía sobre él y el frío que se adhería a sus huesos y le calaba la ropa. Pero solo podía pensar en que tenía que encontrarla. Y cuanto antes. No soportaría la idea de que al día siguiente apareciese la noticia en los periódicos de que esa chica torpe había sido encontrada en cualquier callejón, sin vida. Sintió un escalofrío al pensarlo y avanzó más deprisa, todo lo que se lo permitieron sus piernas por culpa de las calles que habían empezado a encharcarse.

3

Daphne nunca se había sentido más humillada en toda su vida y eso que tenía un largo historial de momentos vergonzosos en lo referente al ámbito masculino. Como las muchas veladas que había pasado sola apartada en un rincón mientras los hombres sacaban a bailar a las demás damas. O como todas las temporadas que había dejado atrás sin ser jamás cortejada por ninguno de ellos. O su nula capacidad para resultar seductora, algo que había vuelto a comprobar esa misma noche, hacía tan solo unos minutos.

Aún sentía las mejillas arder cada vez que recordaba el rostro alucinado de Sebastian cuando ella le había propuesto ser su amante. Él se había quedado mirándola como si no pudiese creer que ella hubiese dicho tal estupidez. Y, por un lado, probablemente era cierto: había sido una estupidez. Pero una que ella deseaba. Eso, más su interés por el club de juego y el pequeño detalle de que Sebastian era uno de los hombres más atractivos de todo Londres, habían dado como resultado la escandalosa propuesta que la había puesto en ridículo.

En su mente era perfecto, pensó mientras caminaba por las calles oscuras.

Había trazado el plan durante días. Mataría dos pájaros de un tiro:

conseguiría cotilleos jugosos para su columna y, por otro lado, lograría al fin saber qué se sentía entre los brazos de un hombre. Porque sí, hacía ya mucho tiempo que Daphne había aceptado que ella jamás se casaría; tanto, que hasta había dejado de desearlo. Valoraba su independencia. Y valoraba poder hacer lo que le viniese en gana sin que nadie le diese órdenes.

Pero no era de piedra.

Por eso, Daphne se había propuesto intentar descubrir todo lo que pudiese sobre la pasión y el deseo. A fin de cuentas, ya era considerada una solterona por la sociedad, podía ir y venir sin depender de una carabina y no sería la primera ni la última que terminaba por tener un amante. Y cuando pensó en esa posibilidad, el rostro de Sebastian apareció en su mente de inmediato, porque ese hombre era... absolutamente irresistible.

Se estremeció al pensar en él, justo en el mismo instante en el que su cuerpo chocó con alguien sólido que la sujetó por los codos con fuerza.

—Lo siento, no miraba por dónde iba.

—Vaya, vaya, mira qué tenemos aquí...

Daphne tembló ante el tono algo agresivo.

Desde luego, el hombre que tenía delante no era un caballero. Llevaba el cabello enmarañado y olía a alcohol casi tanto como el segundo tipo que se acercó hacia ellos al salir de entre las sombras del callejón de al lado. Su mirada no prometía nada bueno. Cuando Daphne quiso darse cuenta, su espalda había chocado con una pared y ellos la estaban acorralando hasta

dejarla sin escapatoria. Jadeó. No había nadie alrededor. La oscuridad se cernía sobre aquella esquina y ella estaba sola e indefensa.

Con el corazón latiéndole con fuerza, habló:

—¡No os acerquéis más!

—¿O qué harás? —la retó

—¡Tengo un arma! —exclamó.

Los dos se echaron a la reír a la vez.

—Bonita, una dama como tú no debería andar sola por aquí, ¿no te lo han explicado nunca? ¿Cómo te llamas? Apuesto lo que sea a que tu familia estará dispuesta a cooperar y a pagar una suma elevada por ti. A menos que evitemos el entuerto y nos des todo lo que llevas en ese ridículo bolso —opinó el más mayor señalando el pequeño saco que colgaba de su muñeca—. Vamos, saca el dinero. Y date prisa, no tenemos todo el día.

—No llevo dinero... —dijo bajito.

Era cierto, en parte. Llevaba algo, pero poco. No creía que esa cantidad fuese a contentar a esos dos hombres. Sin embargo, cuando insistieron, esa vez con más brusquedad, lo abrió con las manos temblándole y rebuscó en su interior. Sus dedos se toparon con una pluma que su hermano mayor le había regalado. Palpó la punta y pensó que, si atinaba, podía intentar clavársela en el brazo si intentaba tocarla. Apenas le haría una herida de nada, pero imaginaba que eso era mejor que nada o que rendirse sin luchar.

—¡Atrás! —gritó entonces sacando la pluma.

—¿Qué piensas hacer con eso? —Uno se rio.

—¡No me obliguéis a atacaros! —les rogó.

—Maldita estúpida —masculló el tipo más mayor antes de dar un paso hacia ella y mirar a su amigo por encima del hombro—. Vamos a tener que llevárnosla.

Daphne aprovechó ese momento para hundir la pluma en su brazo y el hombre rugió de dolor y la miró con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiese dar crédito de que una dama lo hubiese atacado. Después, todo sucedió muy rápido.

Una tercera sombra apareció en la calle y, por lo que ella pudo distinguir en medio de la oscuridad, consiguió reducir a los dos ladrones. El más joven acabó por escapar, pero el otro se quedó tendido en el suelo mojado por la lluvia que seguía cayendo.

Entonces, ella lo vio bajo la luz de la luna.

Sebastian Cook estaba allí y no parecía contento.

—¿Lo has matado? —gritó ella alterada.

—No. Solo está inconsciente. Vamos.

Daphne no tuvo tiempo a decir nada más antes de que él la cogiese del brazo sin ninguna delicadeza y la arrastrase hacia la calle por la que había llegado hasta allí, una más abierta, ancha e iluminada. Los pasos de Sebastian eran largos y ella casi iba corriendo como una tonta para poder seguirle el

ritmo. Estaba confusa y aún asustada.

—¡Espera! ¡Vas muy rápido! —se quejó.

Él paró de andar de golpe y se giró hacia ella.

Sus ojos verdes relampagueaban con furia.

—¿Sabes qué es lo que va aún más rápido? ¡Un maldito carruaje!

Uno como el que te he proporcionado cuando has salido de mi club y al que te has negado a montar.

—Lo siento —admitió ella—. Pero tengo mi orgullo.

—¿Orgullo? —Sebastian la miró sin comprenderla.

—No pensaba aceptar nada de ti después de que me hubieses rechazado de esa forma. Y lo entiendo, créeme que lo entiendo. Sé perfectamente que no soy el tipo de chica con la que te relacionas y mucho menos una a la que tendrías como amante. —Se dio cuenta de que no podía dejar de hablar mientras él la miraba con una mezcla de consternación y curiosidad—. Pero tenía que intentarlo. Eso es lo que suele decirse, ¿no? *“Para ganar hay que arriesgar”* —recitó—. Por otra parte, era imposible para mí adivinar si existía la remota posibilidad. ¿Sabes? Había oído que los hombres son propensos a aceptar casi cualquier tipo de proposición y compañía femenina, con independencia de la belleza de esta.

Sebastian parpadeó todavía alucinado, contemplándola.

Como no supo qué decir, volvió a sujetarla con fuerza.

—Sígueme. Estás empapada. Esta vez, en cuanto entres en calor, me

harás caso: aceptarás uno de mis carruajes y te largarás de aquí, ¿entendido?

—Entendido —contestó ella en voz baja.

Tal como ya había comprobado un rato atrás, el despacho de Sebastian Cook era cálido y estaba bien acondicionado. No parecía un lugar en el que alguien pasase poco tiempo, sino más bien todo lo contrario. Él la dejó delante de la chimenea y luego se alejó, abrió un baúl que había cerca del sofá y empezó a revolver dentro de él.

Ella quiso preguntarle qué hacía, pero parecía tan enfadado e indignado por todo lo que había ocurrido esa noche, que al final pensó que quizá sería mejor no hacerlo. Por lo visto, Sebastian no encontró allí lo que buscaba, así que salió de la habitación dejándola a solas y regresó cinco minutos después un vestido arrugado entre las manos.

—Toma, ponte esto —le dijo con hosquedad.

Daphne cogió la prenda que le tendió y frunció el ceño al extenderlo delante de ella y echarle un vistazo. Era, desde luego, lo menos apropiado que había visto en toda su vida. De hecho, ni siquiera sabía que existiesen vestidos así. Tembló de frío, porque seguía empapada de los pies a la cabeza, pero ni por esas le convencía aquello.

—¿Es un vestido de una prostituta? —preguntó.

—Exactamente. Dale las gracias a Adelaine, que suele llevar una muda encima. Y quítate la ropa rápido o terminarás por ponerte enferma.

—Pero no puedo ponérmelo. Es inapropiado.

—Nadie te verá. Vas a quedarte aquí hasta que se seque la ropa delante de la chimenea y, luego, como te he dicho, te meterás en un carruaje y desaparecerás de mi vista.

Daphne debía admitir que resultaba bastante lógico aquel planteamiento, dentro de la locura que había sido esa noche, claro. Aun así, la idea de ponerse ese vestido le resultaba cuanto menos inquietante. Era largo, sí, pero la tela resultaba fina, con solo una enagua. Hasta para dormir, ella usaba prendas menos escandalosas que aquella.

—¿Y dónde voy a cambiarme de ropa? —susurró.

—Aquí, ¿dónde si no? —gruñó él—. No miraré, si eso es lo que te preocupa.

—¿Estás bromeando? ¡No puedo hacer eso!

Sebastian puso los ojos en blanco y suspiró, como si lidiar con ella le exigiese hacer uso de toda su paciencia. Se alejó unos pasos y se dio la vuelta quedando cara a la pared.

—Voy a hacer una cosa: voy a quedarme aquí, con los ojos cerrados, contando hasta cien y rezando para que seas lo suficiente inteligente como para desvestirte lo más rápido que puedas y ponerte la ropa seca. De lo contrario, perderás la que, créeme, es tu mejor posibilidad de llegar a tu casa sana y salva esta noche y fingir que no ha existido.

—Pero... pero...

—Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Maldición! —siseó ella.

—Cinco, seis, siete, ocho...

—¡Cuentas muy rápido! —se quejó mientras empezaba a quitarse la ropa mojada a toda prisa y sin ninguna delicadeza. Por el rabillo del ojo, vigiló que él realmente estuviese cumpliendo su promesa de no mirar y descubrió que sí, lo estaba haciendo, lo que, en resumen, dejaba todavía más claro que ella no le interesaba en absoluto como mujer.

Era un alivio y una decepción a partes iguales.

—Nueve, diez, once, doce, trece, catorce...

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy terco?

Él la ignoró y siguió contando sin pausa. Daphne no podía verlo, porque estaba de espaldas y cara a la pared, pero una pequeña sonrisa tiraba de los labios de Sebastian. Pese a que esa chica había puesto patas arriba esa noche en la que pensaba quedarse descansando para aliviar el dolor de cabeza, debía admitir que en ocasiones resultaba divertida, como al ver su rostro sonrosado e indignado al ver aquel vestido, que era, en realidad, lo mejor que él había podido encontrar en el club rápidamente y que no implicase unos pantalones.

Podía escuchar el crepitar del fuego a su espalda y el frufú de la ropa mientras ella se vestía a toda prisa. Su sonrisa permaneció intacta hasta que llegó a cien y se giró por fin. Entonces, sí, todo rastro de diversión desapareció de su rostro y fue sustituido por una emoción muy diferente que

lo pilló desprevenido: un deseo intenso e irracional.

Daphne estaba plantada en medio de la habitación, quieta.

Seguía teniendo las mejillas rojas y los ojos clavados en la moqueta del suelo con las manos entrelazadas. Su cuerpo, ese al que él le había prestado poca atención, era el mayor pecado que él había visto en toda su vida. Sus pechos apenas cabían dentro de ese corpiño pequeño. La tela caía libremente dibujando el contorno de sus curvas, la estrecha cintura y las caderas más anchas, esas que parecían perfectas bajo la luz anaranjada del fuego. Igual que su cabello; largo, ondulado y revuelto cayendo por su espalda, porque Daphne se lo había soltado para que se secase antes. Sebastian deseó de inmediato hundir su mano en aquella cortina de pelo, sujetarla de la nuca y besarla hasta robarle el aliento.

Era deliciosa. Toda ella, entera.

—Quédate junto al fuego. —Fue lo único que consiguió decir antes de maldecir por lo bajo y alejarse hacia el otro extremo de la habitación para sentarse en el sofá.

—Tú también estás empapado... —señaló Daphne.

—Yo sé cuidar de mí mismo. Estoy bien.

—¡Yo también sé cuidar de mí misma! Ya te lo he dicho: solo ha sido un error de cálculos, una equivocación. Pero llegué aquí por mi propio pie y podría haberme ido igual si hubiese pensado las cosas mejor. La próxima vez lo tendré en cuenta.

—No habrá una próxima vez —gruñó él.

—Cierto. Perdona. —Suspiró profundamente.

Sebastian la observó durante un largo minuto en silencio y desde aquella distancia prudencial, aunque para su desgracia lo único que deseaba era acortarla. Ella extendió las manos hacia el fuego y se las calentó sin ser consciente de que él estaba desnudándola con la mirada, fijándose en la curva de su trasero y de sus pechos, en lo largo que era su cabello...

—Lamento haber sido una molestia esta noche. —Daphne rompió el incómodo momento—. Has sido muy amable salvándome de esos tipos, aunque...

—Aunque... —la impulsó él a seguir hablando.

—Aunque casi los había vencido. O algo así.

—¿Lo dices por esa pluma que le has clavado?

Daphne asintió con orgullo y él contuvo una carcajada. Debía admitir que lo había sorprendido ver cómo se enfrentaba a los dos hombres. Esa mujer era impredecible.

—Tendré en cuenta lo que ha ocurrido esta noche de ahora en adelante. No dudaré en intentar conseguir un arma para llevarla en el bolso —dijo, algo que a él lo hizo reír de nuevo—. ¿Qué te hace tanta gracia, si puede saberse? No es ninguna broma.

—¿De dónde has salido, Daphne Smith?

—¿De dónde has salido tú? —replicó ella.

—De las calles —respondió él sin dudar.

—Oh, eso... algo había oído... —admitió.

—Así pues, ¿piensas seguir escapándote? ¿No has tenido hoy suficiente como para entender que Londres no es una ciudad apropiada para una dama en cuanto anochece?

Intentó que ella no advirtiese la nota de preocupación en su voz. No quería sentirla, pero de repente la idea de que Daphne anduviese por ahí a horas intempestivas, le puso los pelos de punta. No le gustó. No le gustó en absoluto. Se le tensó la mandíbula.

—Quizá no pronto, pero más adelante. No lo sé.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que buscas? —preguntó.

—Ya lo sabes —respondió ella apartando la mirada.

—No. Pero tenemos tiempo para que me lo expliques.

—No te hagas el tonto conmigo, por favor —dijo Daphne girándose hacia él, algo que Sebastian prefirió que no hubiese hecho, porque tener tan a la vista cómo sus pechos parecían querer escapar del apretado vestido no era bueno para su salud. Al menos, no en lo referente a su salud física. Estaba tan excitado que le sorprendía que ella no lo notase—. Ya sabes por qué he venido aquí. Dos cosas. Una por mi trabajo. Otra por... la curiosidad.

Sebastian sintió que su erección crecía más.

Si es que eso era acaso posible, claro.

Respiró hondo, tenso e inquieto.

—Sé más específica. ¿Por qué?

Las mejillas de Daphne se tiñeron de rojo, pero consiguió armarse de valor para mirarlo a la cara. Él estaba allí, sentado tan tranquilo en ese sofá y ella, en cambio, sentía que le temblaban las rodillas tan solo ante su presencia. El hombre más guapo que había visto en su vida le estaba preguntando abiertamente por qué sentía curiosidad. En un principio, ella pensó en ignorar la cuestión o cambiar de tema, pero después se dio cuenta de que estaba en la habitación de un canalla, vestida con apenas un trozo de tela escandaloso, con el pelo aún húmedo y suelto y su ropa secándose delante de la chimenea encendida.

¿Qué más daba ya? Sería totalmente sincera.

Al fin y al cabo, no volvería a verlo casi nunca. A lo largo de todos los años que había estado soltera y asistiendo a los bailes que se sucedían cada temporada, solo habían coincidido algunas veces esporádicas y él ni se había molestado jamás en mirarla.

—Quería saber qué se siente al ser la amante de alguien.

Lo vio contener el aliento con las pupilas dilatadas, pero, luego, cuando Sebastian sacudió la cabeza, algo cambió en su expresión. Él se levantó y se acercó hacia ella. El haz de luz del fuego iluminaba su cabello rubio y sus ojos verdes, que eran penetrantes.

—¿De verdad pensabas que te serviría?

—¿Cómo dices? —preguntó sin entender.

—Que te serviría esto. Presentarte delante del primer hombre que se cruzase en tu camino y fingir que querías ser su amante. —La miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos—. Empiezo a pensar que quizá el numerito de salir corriendo bajo la lluvia ha sido una treta para terminar medio desnuda en mi despacho.

—¡Eres un canalla! —Alzó al mano para golpearlo, pero él se lo impidió sujetándola de la muñeca. La tensión era más que patente entre los dos—. ¡Suéltame!

—¿Pensabas conseguir así un marido? —insistió presionándola.

—¡Pues claro que no! Ya te he dicho que no quiero casarme.

—Mientes. Sé que mientes. Mírame —le exigió.

Aún sujetaba su muñeca cuando ella alzó la barbilla hacia él y lo enfrentó. Daphne estaba temblando. Hasta ese momento, nunca había sentido que su piel hormiguease ante el contacto de otra persona, ni que le fallasen las piernas o el estómago se le encogiese.

—No miento. Quería casarme antes, hace muchos años. Pero con el paso del tiempo me di cuenta de que prefería mi independencia antes que terminar atada a un hombre para el que siempre sería invisible. ¿Te sirve eso? Porque es la verdad.

Él pareció creerla en un primer momento, pero luego una mueca cruzó su rostro y volvió a mirarla con dureza. Sus cuerpos estaban tan juntos que casi se rozaban. La mirada de Sebastian bajó despacio por su garganta y

se quedó ahí unos segundos antes de descender más y llegar a sus pechos. Ella jamás se había sentido completamente desnuda delante de alguien llevando ropa puesta. Un cosquilleo se apoderó de todo su cuerpo.

—¿Y por qué ibas a ser invisible?

—No te burles de mí —le rogó.

—No me estoy burlando. Contesta.

—Sabes que no soy... especialmente atractiva... —consiguió decir con un nudo en la garganta, porque su proximidad no ayudaba. Casi sentía su aliento acariciando la piel de su mejilla—. Tú mismo lo has dejado claro hace un rato. Y también los otros cientos de hombres que me han ignorado durante años, cada temporada. Así que me cansé de esperar.

Sebastian estuvo a punto de confesarle que, si no estuviese intentando controlarse, probablemente ella ya estaría encima de su escritorio, con la ropa hecha jirones y gimiendo su nombre. Pero eso suponía demasiados problemas. Muchos, de hecho. Para empezar, estaba el hecho de que no era viuda ni tampoco una plebeya. Y para continuar, lo otro: que probablemente aquello se trataba de una treta para conseguir cazarlo.

Inspiró profundamente dando un paso hacia atrás.

—Dale la vuelta a la ropa para que se seque antes.

“Y para que yo no termine por cometer alguna estupidez de la que me arrepienta más tarde”, pensó, porque a cada minuto que pasaba le resultaba más complicado estar con ella compartiendo la misma habitación y

el mismo aire, sobre todo cuando el aliento de Daphne era tan delicioso, su olor una perdición y su cuerpo un pecado escandaloso que él quería probar. Y otra cosa no, pero Sebastian no estaba acostumbrado a que le negasen algo.

Se alejó y se sentó tras su escritorio.

Abrió y cerró algunos cajones, intentando hacer tiempo o concentrarse en alguna cosa que no fuese en la mujer deslumbrante que tenía delante, a unos metros de distancia.

Cuando logró calmarse, vio que ella se había acomodado en el sillón más cercano a la lumbre, ajena a todo. Parecía triste, con el semblante casi abatido. Sintió el tonto impulso de consolarla, pero se obligó a mantener las formas y a limitarse a no hacer nada.

Pasado un rato que fue una tortura, se levantó.

—Creo que la ropa ya está casi seca —le dijo.

—Sí. —Ella tocó el vestido con gesto distraído.

—Bien. Arréglate, voy a pedir que preparen un carruaje para llevarte a casa sana y salva. E intenta... hacer algo con ese pelo... —señaló su larga cabellera ondulada—. O cualquiera pensará que te has pasado la noche en un club —bromeó sin humor.

Ella puso los ojos en blanco, pero obedeció.

Unos minutos más tarde, cuando él regresó, estaba completamente vestida con su atuendo, aunque seguía estando algo húmedo, y se había recogido el pelo en un moño apretado del que no escapaba un solo rizo. Él

sintió el impulso visceral de alargar la mano y quitar todas esas horquillas para permitir que volviese a caer libremente. Sacudió la cabeza.

—Sígueme —le gruñó con hosquedad.

—No me hables como si fuese un chucho.

—No lo hago —replicó él mientras bajaban las escaleras—. En honor a los perros, por supuesto. Un chucho sería mucho más obediente que tú y actuaría con más lógica: saben perfectamente distinguir el peligro con antelación, don del que tú careces.

Ella apretó los labios al tiempo que lo seguía por la puerta trasera.

Él le abrió el carruaje, Daphne subió y lo miró una última vez mientras Sebastian sostenía la puerta con una mano. Era guapísimo. Su cabello rubio brillaba bajo la luz de la luna y sus ojos verdes parecían dos esmeraldas encendidas y estaban fijos en ella.

—Diría que ha sido un placer, pero...

—Lo sé —lo cortó ella—. Y a pesar de todo debo darte las gracias. Lamento haber sido una molestia esta noche. Te has comportado como un perfecto caballero.

Sin más, él frunció el ceño, cerró la puerta y el carruaje se alejó. Pero Sebastian fue incapaz de meterse en el club hasta que lo vio girar la esquina de la calle, porque no podía quitarse de la cabeza esas palabras, “*te has comportado como un perfecto caballero*”. ¿Desde cuándo era eso, un caballero? Él, que era considerado el canalla más grande de toda la ciudad,

había dejado escapar la posibilidad de estar entre las piernas de esa increíble mujer que tenía el cabello del color del fuego. ¿Y todo por qué? ¿Porque pretendía cazarlo? Sí, era una opción, pero nadie mejor que él sabía que, no importándole en absoluto la opinión de la sociedad, bien podría haberse negado después de mancillarla, por muchas habladurías que eso causase. No sería el primero ni el último hombre que haría algo así. Pero no. Se había comportado como un caballero, pensando en su reputación, en si pretendía conducirlo al altar...

Suspiró, inquieto sin saber por qué.

Luego volvió a entrar en el club.

4

Tal como había imaginado, la vida de Daphne volvió a una monotonía abrupta. Se levantaba por las mañanas, desayunaba, intentaba ponerse al tanto de los acontecimientos de la semana y se contentaba con disfrutar de la felicidad de su familia. Su hermano mayor se había casado dos años atrás y gozaba de un matrimonio tranquilo y sin complicaciones. Sus dos hermanas pequeñas también habían encontrado la horma de su zapato; no es que los hombres con los que se habían casado fuesen perfectos (o eso pensaba ella), pero parecían estar contentas con la situación y sus sendos embarazos (sí, las dos a la vez).

Daphne era la única que seguía viviendo en la casa familiar.

Y también la única que aguantaba a su insoportable madre.

Aunque, a decir verdad, a pesar de sus eternos monólogos dándole lecciones, ella quería a su madre tanto como a su padre o a sus hermanos. Por eso tiempo atrás se había sentido tan culpable al decepcionarlos temporada tras temporada. Ahora que había aceptado por fin su destino y la idea de no casarse nunca, intentaba vivir tranquila y sin contratiempos.

—El duque de Wellington y su esposa te han invitado unos días a su casa de campo, ¿no te parece estupendo? —Su madre le sonrió y se llevó la

tacita de té a los labios.

—Ciertamente, no me apetece demasiado.

—¡Daphne Smith! ¿Cómo puedes decir eso?

—No lo sé, las palabras salen de mi boca sin más.

—Te estás convirtiendo en una mujer descarada.

—Supongo que tiene que ver con aceptar ser una solterona y dejar de intentar ser perfecta para que algún hombre se fije en mí y ese tipo de asuntos que ya no me interesan.

Su madre se llevó una mano al pecho como si acabase de decir el peor de los pecados y ella no pudo evitar sonreír al verla sobreactuar de esa manera.

—¡Menos mal que nadie puede oírte! —exclamó—. Espero que pulas tus modales para asistir al baile que organiza tu hermana este viernes. Y quién sabe si no conocerás allí a tu futuro marido, ¿sabes una cosa, Daphne?, la perseverancia es la clave de todo.

Daphne puso los ojos en blanco y resopló. Por desgracia, no existía excusa lo suficientemente buena como para escaquearse de asistir al baile que una de sus hermanas había organizado en honor a su marido, el marqués de Cornwall, que cumplía años.

—El problema es ese. Que no quiero perseverar.

—Fingiré no haberte oído —replicó su madre.

Ella quiso seguir protestando, pero supo que aquella conversación no

las llevaría por ningún camino, de modo que se terminó el té y subió a su habitación para seguir trabajando: eso era lo único que la salvaba de enloquecer. Su trabajo. Había empezado por una casualidad, cuando conoció a una mujer que pensaba como ella respecto a los hombres y el matrimonio, y ésta le dio la oportunidad. Era absolutamente perfecto. Firmaba los artículos de sociedad como Daisy X, compartiendo solo la D por la que empezaba su nombre, y debía admitir que tenía ventaja a la hora de conseguir información.

Para empezar, su familia solía ser invitada a todo tipo de fiestas. Sus hermanas eran encantadoras y su hermano mayor no se quedaba atrás, de modo que Daphne se veía arrastrada por ellos, pero, frente a una familia deslumbrante, ella pasaba totalmente desapercibida y, en ese caso, era bueno. Nadie se fijaba nunca en la pobre y apartada Daphne. A nadie parecía molestarle que ella pudiese escuchar sus conversaciones privadas o formar parte de corrillos en los que no la tenían en cuenta.

Pasar inadvertida era su mejor arma.

Pero también su gran debilidad.

Por una parte, a Daphne le encantaba conseguir cotilleos jugosos tan fácilmente y que nadie jamás sospechase de ella (¿quién iba a imaginar que esa chica patosa y con algunos kilos de más fuese en realidad la ingeniosa y brillante Daisy X?), pero, por otro lado, durante años el gran anhelo y deseo escondido de ella había sido que alguien, tan solo una persona, se fijase en su presencia y la mirase a ella, solo a ella y a nadie más.

Claro que eso no parecía que fuese a ocurrir pronto.

Y después del terrible plan que había llevado a cabo la semana anterior apareciendo en el club de juego, Daphne había salido bien escarmentada. Le había quedado clara la idea: jamás la desearían. Ahora solo tenía que aceptarlo, pasar página y seguir adelante.

Aunque no pudiese dejar de pensar en ciertos ojos verdes...

Y en el olor masculino que desprendía. En su pelo rubio y mojado por la lluvia. En su boca pecaminosa. En su barbilla orgullosa. En los hoyuelos que se le marcaban al sonreír. En su cuerpo alto y fuerte. En su mirada ardiente y llena de intensidad...

—Eres tonta, Daphne —se dijo a sí misma antes de sacudir la cabeza, apartar todas aquellas fantasías a un lado, e intentar seguir trabajando en lo que tenía entre manos.

Pero, por desgracia, la imagen de Sebastian no desapareció en toda la semana. ¿Cómo iba a hacerlo? Él era la definición del deseo y ella jamás se había sentido así delante de un hombre, como si el mundo se hubiese reducido a cenizas y solo quedasen ellos dos mirándose de frente. Era una idea ridícula e infantil, pero no podía dejar de pensarlo.

La noche en la que se celebraba el baile que su hermana había organizado, ella se decantó por un vestido sencillo, sin apenas escote y más recatado que el que solían lucir las jovencitas que esa temporada por fin habían sido presentadas en sociedad. Su doncella le recogió el largo cabello

pelirrojo en lo alto de la cabeza y se empolvó la cara antes de salir de casa junto a sus padres y montar en uno de los dos carruajes de la familia.

Debía admitir que la fiesta era estupenda.

El salón principal estaba lleno de gente y se escuchaban las conversaciones y las risas entre la música. En el centro, algunas parejas bailaban y danzaban de un lado a otro. Daphne las contempló embelesada hasta que se dirigieron hacia su hermana para saludarla.

—¡Eres una anfitriona increíble! —le dijo su madre.

—¡Gracias! —Su hermana la miró—. ¿Te gusta?

Se lo estaba preguntando directamente a ella, así que Daphne sonrió y asintió con la cabeza antes de felicitarla. A veces le sorprendía que sus hermanas pequeñas siguiesen valorando su opinión, pero, claro, a pesar de que ambas estaban casadas y esperando a un bebé, ella seguía siendo la mayor, el referente, aunque ya la hubiesen dejado atrás en todo.

—Pensé en la decoración en verde, pero creo que el salmón queda mejor...

—Mucho mejor —corroboró Daphne asintiendo.

—Ese vestido ya no está a la moda, deberías...

—Es que me gusta —la cortó y luego se sintió mal al hacerlo porque, si era sincera, su hermana no se lo había dicho con maldad, sino todo lo contrario. Su familia al completo deseaba verla casada. Parecía que nunca se rendían e intentaban lucirla sin descanso.

—Lo siento, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho, cielo. No sufras.

Le dio un corto abrazo antes de coger una copa sin tener en cuenta la mirada reprobatoria de su madre. Suspiró mientras echaba un vistazo al salón de baile, absorta en las parejas que bailaban sin descanso, tan felices, hasta que sus ojos se encontraron con él.

Allí, a unos metros de distancia, Sebastian sonreía mientras hablaba con un hombre. No la había visto y Daphne prefería que, desde luego, no lo hiciese. Había dado por hecho que en algún momento tendrían un encontronazo de lo más incómodo, pero, ciertamente, esperaba que hubiese sido más adelante, no poco más de una semana más tarde.

—¿Quién ha invitado a Sebastian Cook? —preguntó.

—Oh, ese diablo... —Su hermana resopló—. Habrá sido mi marido. Por desgracia, lleva años frecuentando su club y como era su cumpleaños...

—Comprendo. —Aunque no por eso lo aprobaba.

—¿Viene hacia aquí? —le pregunto de repente.

—No, claro que no —contestó Daphne intentando convencerse a sí misma, pero, por desgracia, al alzar la vista pudo ver que, sí, Sebastian tenía los ojos fijos en ella, una copa en la mano, y caminaba con tranquilidad atravesando el salón como si el resto del mundo tuviese que estar a sus pies y no al revés—. Mierda, creo que sí.

Si su hermana se escandalizó por la palabra que usó, no dijo nada.

Tan solo contempló absorta cómo ese hombre se acercaba hasta Daphne, cogía su mano enguantada y la besaba sin ningún tipo de pudor. Ella contuvo el aliento.

—Qué sorpresa encontrarte tan pronto.

—¿Pronto? —preguntó su hermana.

—Coincidimos hace unas semanas en la calle, justo cuando salía de la modista. Estuve a punto de caer y él me sujetó —se excusó a toda prisa Daphne.

A Sebastian le brillaron los ojos al escucharla mentir.

—Sí, una historia fascinante. Y después de salvarte la vida, creo que me merezco que me concedas al menos un baile. Así estaremos en paz.

—Supongo que no puedo negarme.

Lo dijo entre dientes y dirigiéndole una mirada afilada que a él le hizo gracia. Cuando quiso darse cuenta, Daphne estaba en medio del salón, bailando entre los brazos de uno de los hombres más peligrosos de la ciudad e intentando recordar cómo mover los pies, porque hacía mucho tiempo que no lo hacía y porque la presencia de él la ponía muy nerviosa.

—Relájate —le susurró él al oído.

Ella se estremeció de los pies a la cabeza.

—Eso es fácil decirlo para ti.

—¿Cuál es la diferencia?

—Sabes bailar. Lo haces a menudo.

—Tú solo déjate llevar y ya está.

Fue más bien una orden. La sostuvo con más fuerza de la cintura, consiguiendo que el contacto casi traspasase la tela del vestido y se le colase dentro. Daphne se sentía acalorada, mareada y enfadada, todo a la vez. Sebastian, por el contrario, se mostraba tranquilo y confiado mientras danzaba junto a ella por el salón de un lado a otro.

—Todo el mundo nos está mirando —dijo Daphne.

—Pues que miren. A mí no me molesta.

—No sé si puedo decir lo mismo...

—¿Ahora te importa tu reputación?

Sebastian la apretó más contra su cuerpo.

—No es exactamente eso. Creo. No lo sé.

Era que la ponía nerviosa sentir los ojos de toda la sala sobre ellos mientras bailaban, cuando durante toda su vida había sido invisible. Él no entendió lo que estaba pensando.

—Te recuerdo que hace tan solo una semana...

—Preferiría olvidarlo —lo cortó ella incómoda.

—Pretendías ser mi amante —concluyó Sebastian.

Sin dejar de moverse, Daphne lo miró a los ojos.

—No sé en qué pensaba. —Él sonrió y eso a ello le molestó, así que las siguientes palabras no las meditó—: Pero no tienes de qué preocuparte. Estoy en proceso de solucionar ese pequeño... problema. De nuevo, te

agradezco que me ayudases esa noche.

Sebastian se tensó de inmediato. Sus brazos. Sus hombros. Su mandíbula. Todo él pareció convertirse en piedra de repente y el agarre en la cintura de Daphne fue más prieto e incómodo. No estaba seguro de haberla entendido bien, así que carraspeó.

—¿Qué intentas decir con que lo has solucionado?

No supo por qué, pero él contuvo el aliento sin dejar de mirarla. De repente, la idea de imaginarla en brazos de otro hombre, le revolvió el estómago. Él no lo permitiría. No, no iba a permitirlo. Y si alguien había osado tocarla, si uno de ellos le había puesto las manos encima... Sebastian no estaba muy seguro de poder controlar su ira.

¿O eran celos? Sacudió la cabeza. No quería pensarlo.

—Puede que haya encontrado a alguien que esté dispuesto a hacerme el pequeño favor de enseñarme... esas cosas —dijo con un nudo en la garganta, porque mentir se le daba tremendamente mal y no quería que él terminase riéndose de ella, pero había sentido la necesidad de engañarlo en eso, aunque fuese para mantener intacto algo de su orgullo.

Sebastian dejó de bailar de inmediato.

Se quedó quieto, en medio del salón.

—Por encima de mi cadáver —siseó.

Ella parpadeó sintiéndose confundida.

—No sé cuál es tu problema...

—Mi problema es que creo que no estás siendo nada razonable en este asunto. ¿Por qué tienes que entregarle tu cuerpo a cualquiera? ¿No te das cuenta de que es una locura?

—No veo por qué. Tú no estás casado y habrás...

—Di lo que sea que estés pensando —la retó.

—Habrás practicado el acto sexual.

—Acto sexual —repitió Sebastian.

Intentó no reírse. Pensó que, probablemente, Daphne Smith era la única mujer en el mundo que lo ponía de los nervios, lo alteraba, lo enfadaba y, al mismo tiempo, le divertía como nadie más lo hacía. No sabía si era porque nunca sabía qué esperar de ella.

—Yo soy un hombre —remarcó entonces.

—Eso es tremendamente injusto.

—Pero así son las cosas.

—Bien, pues estoy dispuesta a cambiarlas.

—¡Maldita cabezota! —rugió.

Luego la cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta que estaba abierta tras ellos, sacándola del salón y agradeciendo que en ese momento una de las hijas pequeñas de los Smith se hubiese puesto a hablar sobre el anfitrión de la fiesta. Sebastian la condujo sin mucha delicadeza por el oscuro pasillo y entró en la primera habitación que se encontró.

—Mi familia notará mi ausencia enseguida.

—Solo será un momento —insistió él.

—¿Un momento para qué, si puede saberse?

No tuvo tiempo de decir nada más antes de que él la apretase contra la pared más cercana y su boca devorase la suya con fiereza. Daphne había esperado que su primer beso fuese lento, sosegado, casi un roce casto. Sin embargo, había sido todo lo contrario. Se sentía total y absolutamente paralizada, pero, pese a ello, abrió los labios por instinto y sintió la humedad de su lengua antes de que se uniese con la suya en una caricia tórrida y delirante.

Eso no era un beso. Eso era una explosión de sensaciones.

Cuando los labios de Sebastian se separaron de los suyos, ella se sujetó a sus hombros para no caerse al suelo. Él no se apartó, se quedó respirando agitado y quieto.

—Así que así son los besos... —susurró ella.

—Solo los míos —puntualizó él con una sonrisa.

—No entiendo qué significa esto, Sebastian.

Oírla decir su nombre fue devastador para él.

—Significa que he reconsiderado tu generosa oferta... —dijo él mientras se inclinaba y dejaba un beso suave en su garganta que la hizo estremecerse—. Pero con ciertas condiciones. Nada de romper la confidencialidad de mis clientes.

—No creo que eso sea razonable.

—Lo es. Y nada de relacionarte con otros hombres mientras mantengamos este trato. Así que ya puedes decirle al idiota con el que estuvieses dispuesta a compartir cama que se vaya al infierno. Hasta que termine nuestro acuerdo, serás solo mía.

Daphne tembló al oírlo decir aquello, pero alzó la barbilla.

—E imagino que tú serás solo mío, entonces.

Sebastian sonrió. Nunca una mujer le había exigido la exclusividad y, a decir verdad, él tampoco había sentido el impulso de fijar esa norma hasta entonces. No sabía por qué, pero no quería que ningún otro le pusiese las manos encima. Tuvo sus dudas durante unos segundos, porque algo le decía que eso no era nada propio en él, pero al final asintió.

—De acuerdo, seré todo tuyo, amor.

—¿Y podré hacer todo lo que quiera?

—Me gusta lo perverso que suena eso.

—No me refería a... —Ella se ruborizó.

—Ven mañana por la noche al club. John, uno de mis hombres, te estará esperando directamente en la puerta trasera. Por tu propio bien, intenta no llamar la atención.

A ella no le dio tiempo a añadir nada más antes de que él desapareciese a toda prisa dejándola a solas. A Daphne aún le latía el corazón desbocado dentro del pecho. Alzó su mano temblorosa hasta los labios y se los acarició despacio, rememorando el beso salvaje que él le había regalado

en aquella habitación oscura. Tenía que ser, sin duda, el mejor beso del mundo. Ella non imaginaba nada que pudiese superar aquella sensación sofocante.

Sonrió al caer en la cuenta de que volvería a verlo en apenas veinticuatro horas.

5

Sebastian nunca se había sentido tan impaciente. Era como un niño pequeño esperando ansioso su regalo de Navidad. Paseó de un lado a otro de su despacho, echándole un vistazo de vez en cuando a las llamas de la chimenea que había encendido con antelación para que la habitación estuviese caliente, y se pasó una mano por el pelo.

¿Qué estaba haciendo?

Había accedido a mantener relaciones con una chica virgen. Una dama, por mucho que estuviese considerada como una solterona. En su club.

Estaba casi a punto de empezar a arrepentirse cuando John anunció que su visita había llegado y, unos segundos después, Daphne entró en su despacho y la puerta se cerró tras ella. Él se aseguró de cerrar con llave antes de ayudarla a quitarse la pesada capa que llevaba y que dejó encima del respaldo de una silla. La contempló después un minuto: estaba preciosa. Se había puesto un vestido menos recatado que el que llevaba en el baile de la noche anterior, el cabello rojizo resaltaba su piel blanca y su mirada inteligente.

—Si pretendías ser una tentación, lo has conseguido.

—No te burles de mí. —Se sonrojó.

—No lo hago. Vas a tener que empezar a creerte mis cumplidos, amor —dijo mientras se dirigía al minibar y sacaba dos vasos de cristal—. ¿Un poco de coñac? Eso siempre calma los nervios, confía en mí. Siéntate delante de la chimenea.

Daphne obedeció. El sofá había sido colocado justo delante, de modo que se acomodó en aquel lugar y tomó una bocanada de aire al tiempo que él se acercaba con los dos vasos y le ofrecía uno. Ella dio un sorbo. Estaba tremendamente malo, pero en lugar de protestar, dio un par de tragos largos con la esperanza de que Sebastian tuviese razón y aquello la ayudase a estar más tranquila, porque se sentía nerviosa como nunca.

—Espera, despacio, ¿o es que quieres emborracharte?

—Puede. ¿Así será más fácil? —preguntó con timidez.

—No lo creo. Cualquiera diría que estás aquí por obligación y no por mera decisión.

—No es eso. Quiero esto. Lo deseo. Te deseo... a ti...

—Daphne... —rugió por lo bajo, excitado.

—Pero tengo miedo. Tú tienes mucha experiencia. Yo no sé nada. Y temo no poder... no saber cómo... satisfacerte, ya sabes. He oído muchas cosas.

—Bien. Pues ahora quiero que olvides todo eso que has oído.

—No lo entiendo —repuso algo confusa.

—Es que no tienes que entender nada, Daphne. Solo tienes que

sentir. Déjate llevar y mantén la mente en blanco. Y créeme, sabrás satisfacerme. Tu mera presencia ya me satisface. Vamos a ir poco a poco. ¿Sabes que esa es una de las mayores tentaciones? La espera. La deliciosa espera —murmuró seductor sin dejar de mirarla—. Es como desear un caramelo y que lo alejen de ti cada vez que estás a punto de conseguirlo. Cuando al fin lo atrapas y te lo metes en la boca, confía en mí, sabe aún mucho mejor de lo que imaginabas.

Ella tragó saliva con fuerza, porque la voz de Sebastian, ronca y masculina, sonaba tremendamente sensual. Había algo en ese hombre que definía la palabra *deseo*, y precisamente por eso ella lo había elegido para llevar a cabo esa especie de trato, porque pensó que era el canalla más conocido de Londres, ese al que no le importaría tanto como a otro hacerlo.

—¿Debería... hacer algo? —preguntó insegura tras terminarse la copa.

—Sí, relajarte. Deja que esta noche yo me ocupe de todo.

Daphne tomó aire mientras la mano de él le masajeaba el hombro derecho con suavidad antes de subir y acariciarle el lóbulo de la oreja. Cerró los ojos, presa de aquella deliciosa caricia tan sutil y él terminó hundiendo los dedos en su pelo antes de empezar a quitarle las horquillas una a una, sin ningún tipo de prisa.

Ella, por el contrario, se sentía muy impaciente.

Quería que Sebastian la besase como había hecho la noche anterior

en esa habitación, consiguiendo que todo su cuerpo se derritiera de inmediato entre sus brazos.

El muslo firme y duro de él rozaba el suyo y sintió el impulso de posar su pequeña mano encima, algo que a él lo pilló desprevenido. Sebastian respiró profundamente sin apartar su mirada de esos dedos que se adherían con suavidad a la tela de su pantalón. Su excitación creció de inmediato. Fue como un súbito fogonazo que lo atravesó y tenía gracia que le ocurriese con un gesto tan ingenuo y poco atrevido. Se le dispararon las pulsaciones.

Tras soltarle el pelo, con un gruñido gutural, sujetó su rostro entre sus manos y la besó profunda y desesperadamente. Que Daphne gimiese bajito en su boca solo sirvió para encenderlo aún más, a pesar de que él se había propuesto empezar despacio, paso a paso, tentándola a ella y no al revés. Si la chica pensaba que su falta de experiencia sería un problema a la hora de excitarlo, estaba muy, pero que muy, equivocada.

—Sebastian —dijo su nombre entre suspiros.

—Inclínate hacia delante —le ordenó.

En cuanto ella lo hizo, se apresuró a desabrochar los nudos del corpiño del vestido. Daphne volvió a ponerse recta cuando él buscó su boca otra vez, como si llevase demasiado tiempo sin besarla y no pudiese soportar ni un minuto más de espera. Sus dientes apresaron su labio inferior y le arrancaron un jadeo que resonó en la habitación, entre el crepitar de las llamas. Él no parecía dispuesto a darle tregua y, antes de que ella pudiese

decir nada más, tiró con brusquedad de su ropa y liberó sus pechos. Daphne se ruborizó.

—No puedo... Esto es demasiado vergon...

—No, ni se te ocurra avergonzarte —la interrumpió él mientras sus ojos vagaban por aquellos pechos turgentes y grandes. Descendió la mano desde su cuello hasta una de las cimas blanquecinas y luego acarició con la punta de los dedos el pezón erguido. Daphne gimió e hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos ante el calor de las llamas de la chimenea y del que recorría todo su cuerpo—. Eres absolutamente preciosa. Y antes de que arruines el momento, no me estoy burlando de ti, estoy siendo sincero.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó en voz baja.

Nunca se había sentido más cohibida como en ese momento y, al mismo tiempo, más liberada. Pero estaba expuesta ante un hombre que no conocía, uno que hacía que su cuerpo sucumbiese a aquellas caricias expertas que la acaloraban cada vez más.

—Sencillamente, deberías confiar en mi palabra.

—Ya, pero no lo hago. No te conozco.

—Está bien. ¿Necesitas pruebas?

Y entonces Sebastian cogió su mano menuda, esa que ahora estaba entre los muslos de los dos, y la llevó despacio hasta su entrepierna. Daphne ahogó una exclamación al notar la dureza latente bajo ella. Lo miró fijamente a los ojos, indecisa.

—Si eso no te convence de que te deseo, entonces...

—Sí, te creo —consiguió decir. Tenía la garganta seca. El hombre que estaba frente a Daphne era absolutamente delicioso y en esos momentos tenía sus ojos solo fijos en ella. Y su erección estaba bajo su mano. Presionó un poco más y lo vio cerrar los ojos y dejar escapar el aire dientes. Sonrió, porque eso la hizo sentir poderosa de repente.

—¿Te parece gracioso? —bromeó él al mirarla.

—No, solo tengo curiosidad...

—La curiosidad mató al gato.

—Pero yo no soy un gato —repuso algo más segura, a pesar de que sus pechos seguían estando libres del corpiño que él había bajado—. Quiero verte...

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no caer en la tentación de esas palabras y dejar que ella lo explorase libremente. Suspiró, volvió a coger su mano para apartarla de su entrepierna, y se inclinó para darle un beso húmedo lleno de promesas.

—Ya habrá tiempo para eso. Ahora, retomemos donde nos habíamos quedado. Hablábamos de lo maravillosa y preciosa que eres... —dijo volviendo a acariciar sus pechos y consiguiendo que a ella la sacudiese un estremecimiento—. Y parece ser que al fin he conseguido que me creas. Ya era hora. Eres muy testaruda ¿nadie te lo ha dicho nunca?

—Sí, mi madre —logró responder a pesar de sentir el dedo índice de

él acariciándola formando suaves círculos—. Piensa que por eso no encuentro marido —jadeó.

—Menuda tontería —objetó él.

Después, como si aquello fuese lo más natural del mundo, bajó los labios por su barbilla, besándola, hasta alcanzar la punta rosada de sus pechos. Ella se arqueó, incapaz de analizar en ese momento cómo era posible que un deseo tan intenso se apoderase de todo su cuerpo, descendiendo peligrosamente, tal como él también empezó a hacer.

—¿Qué pretendes? —preguntó insegura.

—Cálmate —le repitió mientras su mano experta se colaba bajo la falda de su vestido y apartaba la tela que encontraba su paso—. Estás tensa —continuó, cada vez más cerca de la apertura de su ropa interior—. Confía en mí, esto te relajará.

Ella lo dudaba. El corazón le latía desbocado.

Quiso objetar algo, pero antes de poder dar con las palabras adecuadas, los dedos de Sebastian encontraron el centro entre sus piernas y ella sintió un placer tan intenso que se sujetó a sus hombros para permanecer quieta en el sofá donde había terminado tumbada, con él encima. Sus dedos acariciaron la humedad y luego sintió cómo los hundía en su interior despacio, uno a uno, llevándola al límite mientras el pulgar empezaba a acariciarla en círculos, conduciéndola a una oleada de placer que la tomó desprevenida.

Daphne gimió alto, con los ojos cerrados.

Él la acarició más fuerte y más rápido.

Después se inclinó para susurrarle al oído:

—Di mi nombre, amor. Dilo ahora...

¿Cómo iba a conseguir decir su nombre si apenas podía respirar en esos momentos? Abrió los ojos, aturdida, y lo miró entre la neblina de placer. Sus ojos verdes estaban fijos en ella como si estuviese siendo testigo de un espectáculo del que no quería perderse ni un solo segundo. Daphne buscó en su cabeza un retazo de cordura antes de gritar, temblando.

—Sebastian. —Él la besó entonces.

Luego, todo sucedió muy deprisa.

Todavía estaba intentando entender qué había sucedido exactamente, o cómo sus dedos habían logrado conducirla a ese remolino de placer, cuando Sebastian le colocó bien la falda del vestido, bajándola, y luego le subió el corpiño y cubrió sus pechos con él.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella—. Se supone que esto no es todo.

—¿Tan a poco te ha sabido? —No pudo evitar reírse bajito—. Tranquila, amor. Habrá más la próxima vez. Paso a paso. No quieras descubrirlo todo en un día.

—Pero tú... —Señaló su entrepierna cuando él se levantó.

—Podré solucionarlo por mi cuenta, no sufras.

—Preferiría ayudarte a solucionarlo —replicó.

Él se estremeció de ganas, pero hizo el esfuerzo de mantenerse en sus trece, tal como había planeado. Irían poco a poco. Se inclinó, apoyando cada brazo a un lado de su cuerpo en sofá, y le dio un beso intenso. Luego la miró con una sonrisa.

—¿Sabes que tienes una lengua muy sucia sin siquiera proponértelo? Ya te enseñaré cómo ayudarme a solucionar este problema mío durante nuestra próxima clase.

—¿Ahora vas de profesor? Eres un canalla.

—Un profesor canalla, pero profesor.

Daphne terminó por echarse a reír ante eso.

Se sentía más relajada que nunca, como si acabasen de meterla en una licuadora y no tuviese fuerzas para nada. Se levantó tras él y empezó a recoger su capa, pero dejó los brazos quietos al ver que Sebastian fruncía el ceño tras su escritorio.

—No hace falta que te vayas ya corriendo.

—No pensaba... —Sacudió la cabeza—. No estaba segura de qué hacer.

—Puedes quedarte un rato frente a la lumbre. No muerdo.

—De acuerdo. —Paseó por el despacho—. Tienes muchos libros.

—Me gusta leer —respondió sin entrar en detalles.

—Nunca lo habría imaginado —objetó ella.

Sebastian levantó la vista de su mesa.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—No sabría decirte... —balbuceó.

En realidad, sí lo sabía, pero al ver su mirada directa y poco amable no se sintió capaz de decir la verdad: que, ciertamente, era sorprendente que un hombre de su clase hubiese aprendido a leer más allá de lo básico para valerse por sí mismo en la vida.

Se quedó quieta frente al fuego cuando él se irguió en toda su altura, apoyando las manos en el escritorio antes de avanzar hacia ella dando largas y precisas zancadas. Era, desde luego, un hombre peligroso y esa aura solo lo hacía parecer más atractivo ante sus ojos: sus labios firmemente apretados, sus ojos verdes centelleantes, su altura frente a ella.

—Di lo que sea que has pensado —le ordenó.

—Preferiría no tener que hacerlo —repuso.

—Daphne... —La cogió del codo—. Pensaba que eras una chica ignorante y dispuesta a cometer un escándalo y a arruinar tu reputación, pero no que eras una cobarde.

—¡No lo soy! —protestó airada—. Sencillamente me ha sorprendido que alguien que creció en las calles tuviese cierto nivel de lectura. Cualquiera habría dado por hecho que conocías las palabras justas y poco más o que tardarías una eternidad en leer una frase fácil.

Se miraron en silencio durante unos segundos.

—La próxima vez, pregunta antes de juzgar.

—Lo haré. Lo siento, no pretendía...

—Un carruaje te está esperando abajo.

Ella parpadeó confundida ante el corte que acababa de hacerle, pero apretó los labios para no darle el gusto de replicarle algo mezquino. La noche había sido demasiado deliciosa como para arruinarla con unas feas palabras antes de marcharse, así que alzó la cabeza con dignidad, recogió su capa y se marchó sin siquiera despedirse.

6

Unos días antes, cuando ella se marchó sin despedirse, él se había quedado mirando la puerta durante un buen rato como un bobo. Había algo en Daphne que lo atraía y lo repelía a partes iguales. Sabía que el deseo y la curiosidad que sentía por ella podían llegar a ser peligrosos, así que no estaba dispuesto a acercarse lo suficiente al fuego como para quemarse.

A fin de cuentas, no la conocía.

Si esas semanas su mejor amigo no hubiese estado ausente pasando unas largas vacaciones en la casa de campo de los Wellington, él habría podido hablar del asunto con Jack, pero como estaba solo, se contentó con escuchar la voz de su conciencia, esa que le decía que tenía que andarse con ojo si no quería tropezar.

La desconfianza se adueñó de su corazón.

Era su única forma de protegerse.

Así había sido desde siempre.

De modo que aquel día, por la tarde, se dedicó a dar un largo paseo hasta el anochecer, intentando así descargar la adrenalina acumulada. Sin embargo, al caer la noche, cuando regresó al club, se sentía igual de inquieto. Porque había quedado con Daphne Smith.

Una especie de cita. Como dos amantes.

En teoría, eso era lo que eran. Pero él había evitado consumir el acto aquella primera noche, por la sencilla razón de que quiso descubrirle a ella los placeres del sexo poco a poco, dándole tiempo y espacio. Quizás en su fuero interno estaba esperando a ver si se arrepentía de aquella locura y regresaba a su pequeña mansión en un barrio acomodado de la ciudad, uno de esos en los que él tenía también una casa que se negaba a pisar.

Precisamente sobre ello le preguntó la joven en cuanto puso un pie en su despacho esa noche, después de que John la acompañase hasta la puerta que él cerró con llave. La observó mientras se quitaba la capa, los guantes y se acercaba hasta la lumbre.

—¿No sería más fácil que quedásemos en tu casa?

—No es razonable, no —se apresuró a decir.

—A mí sí me lo parece. Eso, o me dejas ver algo más del club aparte de esta habitación. Ciertamente, pensaba que era un lugar divertido, pero ya no estoy tan segura.

—¿No te parece divertido lo que hicimos hace unos días?

—Bueno, eso sí... —se ruborizó.

Él sonrió al ver sus mejillas encendidas y acortó la distancia que los separaba para capturar sus labios en un beso delicado, pero lleno de intensidad. Había deseado verla durante todas aquellas noches que habían pasado separados desde la primera vez que la tuvo entre sus brazos, pero se

obligó a mantener la calma, a alejarse un poco y a comportarse como un amante normal y corriente, y no como un tonto enamorado que, desde luego, no era.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—No. Estoy bien.

—Lástima, pensaba calentarte.

—En ese caso...

Ella le dirigió una mirada seductora que a él lo pilló desprevenido, pero que lo hizo endurecerse de inmediato. Volvió a besarla, esta vez con más profundidad, mientras ella se atrevía a alzar las manos y enredarlas en su cabello rubio, algo que hasta entonces había deseado hacer, pero para lo que no había sacado la valentía suficiente. Luego descendió, apoyándolas en su pecho sólido, palpando ese cuerpo tan masculino bajo la ropa.

Deseaba conocer mucho más de él.

—Sebastian, déjame verte... —rogó.

—No me tientes —la advirtió él.

Continuó besándola, haciéndola enloquecer, hasta que los dos terminaron en el sofá. Sebastian no supo muy bien cómo ocurrió, pero un minuto después ella estaba sobre su cuerpo y ya no mantenía las manos quietas, sino todo lo contrario. Se tomó unos instantes para contemplarla. Le pareció poderosa y le gustó ver cómo tomaba el control a pesar de su inexperiencia. No recordaba que ninguna mujer lo hubiese alterado tanto.

Posó las manos en su trasero y la atrajo hacia él, de manera que sus sexos se rozaron sobre la ropa. Ella gimió al sentir su excitación contra la tela y, poco después, bajó una mano por su cuerpo atlético hasta acariciarlo. Lo miró a los ojos. Sebastian contuvo el aliento mientras la luz del fuego arrancaba destellos rubios en su cabello rojizo.

—Quiero tocarte...

—Daphne... —suspiró.

—Como tú hiciste conmigo el otro día.

—No es... no es exactamente igual.

—Pues enseñame. —Se mordió el labio inferior.

Al verla hacer ese gesto, algo se sacudió dentro de él. Era demasiado excitante. Su cuerpo lleno de curvas, su mirada abierta y totalmente sincera, su boca pecaminosa.

Ante sus atentos ojos, se desató los pantalones.

Daphne estaba tumbada medio encima de él, medio a su lado, dejándole espacio para que pudiese bajarse la ropa. Cuando al fin liberó su miembro, ella tragó saliva, sorprendida. Había esperado algo así. Daphne era curiosa por naturaleza y había leído y escuchado cosas, pero no era lo mismo que verlo por sí misma.

Alzó una mano, nerviosa, y lo acarició.

Vio que él cerraba los ojos de inmediato.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

—No. Tú solo... sigue. Despacio.

Al ver los movimientos temerosos de ella, Sebastian terminó colocando su mano sobre la de la joven e indicándole cómo debía deslizar la palma arriba y abajo, cada vez más deprisa, más urgente, hasta que él estuvo tan al límite que ya era tarde como para intentar frenar aquello y que la noche durase más, como había previsto.

Sintió que sus músculos se tensaban.

Sintió que perdía todo el control.

Y se derramó sobre su mano.

—Maldita sea... —masculló.

—¿He hecho algo mal?

—No. Qué va —resopló.

Se puso en pie y se alejó de ella. Se escondió tras el biombo, se limpió y se cambió de ropa antes de volver a salir y fijar sus ojos en la chica que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Entonces qué te ocurre? No pareces contento. Yo estaba contenta después de lo que tú... lo que me hiciste la otra noche —aclaró con incomodidad.

—Sí estoy contento —dijo secamente.

—Pues no lo demuestras bien.

Quiso zarandearla, pero por otra parte casi agradeció que fuese tan ignorante como para no darse cuenta de nada. Era la única mujer que podía

conseguir en cinco minutos que:

1. Estuviese más excitado que en toda su vida.
2. Terminase corriéndose más rápido de lo que él creía apropiado.
3. Lo pusiese nervioso después, por los dos anteriores puntos.
4. Terminase sacándole de quicio con sus muchas preguntas.

Como no quería seguir por ese camino, hizo el esfuerzo de sonreírle, la cogió de la mano y la ayudó a ponerse en pie y abandonar el sofá. La condujo sin pensárselo más por el despacho hasta el inmenso cuadro en el que se veía a un grupo de cazadores junto a algunos perros, con sus rifles preparados y sus barbillas alzadas. A decir verdad, nunca le había gustado demasiado, pero era el único suficiente grande que encontró con rapidez para colocarlo allí. Buscó una manivela en un lateral y tiró con fuerza, abriéndolo.

—¿Qué es esto? ¿A dónde vamos?

—Tú y tus preguntas —contestó él.

—Creo que es razonable.

Sebastian intentó no reírse.

—Vamos a una habitación especial. ¿No querías ver algo más del club? Eso has dicho al llegar. Pues bien, esta noche vas a poder hacerlo. Venga, métete.

Daphne se sujetó las faldas antes de colarse por el hueco que había aparecido al apartar el cuadro. No es que fuese especialmente pequeño, pero

sí había que moverse a gatas. Le parecía sorprendente y al mismo tiempo maravilloso. Era un pasadizo misterioso propio de una habitación de niños que lo usasen para jugar. Una vez estuvo dentro, se giró y miró por encima de su hombro a Sebastian, que seguía en el despacho, con la mano apoyada en el cuadro aún abierto. Frunció el ceño y titubeó antes de hablar.

—No pensarás dejarme aquí encerrada, ¿verdad?

—¿Cómo puedes pensar semejante locura?

—No lo sé. No te conozco lo suficiente.

Sebastian no supo por qué le molestaron tanto aquellas palabras, pero lo hicieron. Puso los ojos en blanco, resopló y entró tras ella. Pensó que, la próxima vez, no se molestaría en intentar contentarla con aquel pasadizo que solo había construido para su propio disfrute, sino que la conduciría hasta la otra sala por el pasillo y las escaleras, como hacía con el resto.

—Empuja con fuerza cuando llegues al final —le dijo.

Daphne obedeció sin rechistar. Y, en efecto, un minuto después los dos estaban dentro de otra habitación muy distinta, esta decorada con tonos más claros y agradables que el despacho de Sebastian. Había un par de sofás, una mesita baja y una alfombra mullida. La chimenea estaba apagada y la ceniza aún acumulada en su interior.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Daphne.

—La sala de observación. Ven, mira.

La condujo hasta una pequeña rendija rectangular que había en la

pared y le dijo que mirase a través de los pequeños orificios. Ella abrió mucho los ojos al hacerlo.

—¡Dios mío! Esto es... asombroso.

Sebastian sintió una extraña satisfacción al verla disfrutar así de algo que era suyo y que, además, había sido su idea construir cuando ampliaron el club. Se sentó en uno de los sofás y se quedó allí, sin prisa, contemplando a esa joven despierta y llena de curiosidad que no parecía saciarse de lo que estaba viendo, porque era incapaz de apartar el rostro de la rendija. Él aprovechó el instante para poder observarla sin que ella lo supiese. Ahora sabía que debajo de aquel vestido se escondía una chica deliciosa, de redondeadas caderas y pechos llenos que eran perfectos para sus manos, una que lo encendía como no recordaba que le hubiese ocurrido antes y eso que... todavía no la había probado del todo.

Él era dolorosamente consciente de eso.

No estaba seguro de qué esperar, pero tenía la esperanza de que, una vez saciada su curiosidad y su deseo, terminaría por cansarse de ella. Esperaba que así fuese. De hecho, habría dado buena parte de su fortuna para hacer ese sueño realidad.

Era la manera más sencilla de renunciar a ella.

Y era lo que un canalla haría: arruinar su reputación, saciar su deseo y después, adiós muy buenas, desprenderse de ella como si no significase nada.

—Es increíble. Y no imaginaba que habría tanta gente.

—Es el mejor club de la ciudad —dijo él orgulloso.

—No resulta una afirmación objetiva viniendo de ti.

—Voy a tener que castigarte si sigues poniendo en duda mi honor — bromeó él, pero su mirada se encendió clavada en ella al imaginar ciertos castigos...

—Así que este es el secreto mejor guardado del club.

—Así es. —Se levantó y se colocó junto a ella cuando Daphne volvió a mirar por la rendija y suspiró con satisfacción viendo a los hombres en la primera sala, jugando, hablando alto, bebiendo y echándoles descaradas miradas a las chicas que estaban allí.

Apartó los ojos de la mirilla y los clavó en él.

—¿Esas mujeres quieren estar aquí?

—No trabajan para nosotros. Y sí, en teoría, es más seguro que trabajen en el club que en las calles. Pero nosotros no ganamos nada con ellas, no quisimos meternos en algo así. Sencillamente les permitimos venir aquí y les prometemos cierta protección.

—Entiendo. Son muy guapas. —Suspiró, luego le echó una mirada de reojo y al final la pregunta se le escapó antes de poder contenerla—. ¿Has estado con muchas de ellas?

Sebastian arqueó una de sus perfectas cejas.

—¿Eso que noto son celos? —tanteó.

—Oh, ¡en absoluto! No estoy celosa. Tan solo siento curiosidad. Quiero decir, imagino que son mujeres muy... experimentadas. ¿Es así?

Él la observó en silencio un rato antes de responder.

—Sí, es así —contestó sin apartar los ojos de ella.

—Vaya. —Tomó aire—. Qué interesante.

—¿Qué es tan interesante exactamente?

Sebastian apoyó su costado en la pared y la contempló mientras ella se apartaba de nuevo de la mirilla y se mordía el labio inferior con indecisión. Quiso besarla otra vez al ver ese gesto tan tentador. Daphne no tenía ni idea de que ninguna de esas chicas, por ejemplo, había conseguido que él se corriera con apenas unas caricias poco firmes y certeras.

Pero así había sido. Muy a su pesar.

—Me llama la atención el comportamiento de los hombres, eso es todo. Aunque creo que empiezo a entenderlo. La fascinación por el sexo, quiero decir.

—Ilústrame —la retó él con los ojos brillantes.

—Por lo que veo que está ocurriendo aquí abajo, muchos de los miembros de tu club están casados y sus esposas estarán esperándolos ahora mismo en sus solitarias casas. Sin embargo, ellos están ocupados mirando a esas... señoritas. No veo qué diferencia hay entre mantener sexo con ellas o con sus mujeres. Pero si hasta tú has recurrido a su servicio...

—Yo no soy un hombre casado —quiso remarcar, no supo por qué.

—Eso ya lo sé. ¿Intentas decir que si lo fueses no tendrías amantes?

No, si mi esposa fueses tú, pensó entonces. Si Daphne estuviese esperándolo cada día al acabar la jornada, él desde luego no tendría ganas de quitarle la ropa a nadie más, sino tan solo de llegar a su casa para poder satisfacer todos y cada uno de los deseos más carnales de su mujer. Sacudió la cabeza. ¿En qué demonios estaba pensando? Era una locura.

Se apartó de la pared y suspiró profundamente.

—Supongo que las tendría, sí —contestó.

—Ah. Ya imaginaba —susurró Daphne.

A Sebastian no le gustó la decepción que encontró su voz y se apresuró a abrir de nuevo el espacio que los había llevado hasta aquella habitación. Ignoró la expresión apenada en el bonito rostro de ella y le indicó que entrase con un gesto, moviendo la cabeza.

—¿Tan pronto? ¿No puedo quedarme un rato más?

—Mañana tengo que madrugar —mintió.

—¿Por qué? —preguntó, como siempre.

—Tengo una reunión. Un asunto privado.

¿A santo de qué tenía ahora que darle explicaciones? Resoplando, entró tras ella por el pequeño pasadizo. Intentó no mirar en vano su bonito trasero contoneándose delante de sus narices y, cuando llegaron a su despacho de nuevo, se apresuró a coger la capa y ponérsela. Ella frunció el ceño y le apartó las manos, molesta.

—Te estás comportando muy raro.

—Así soy yo. Raro. Acostúmbrate.

—A lo que no me acostumbro es a tus cambios de humor —protestó.

—Ni yo tampoco a que lo preguntes absolutamente todo —inquirió.

—Es la única manera de obtener respuestas. No hace daño a nadie.

—Les hace daño a mis oídos. Venga, márchate ya.

En realidad, no quería que se fuese. Lo único que deseaba era cogerla, desgarrar la ropa al quitársela a toda prisa y tumbarla sobre la mesa de su despacho. Una vez ahí, le haría el amor sin descanso y se hundiría en ella una y otra vez.

Pero era tarde. Y llevaban mucho tiempo juntos.

Él no quería tratarla como si fuese una cualquiera y echarla en cuanto hubiesen terminado, pero tampoco quería que la cosa se alargase lo suficiente como para que acabasen tomando té y pastas como dos amigos o confidentes. Tenía que poner límites.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—La próxima semana —respondió.

—¿Y será la vez... definitiva?

Vio la duda en los ojos de ella. Supo lo que quería saber. Aún no habían consumado el acto y Daphne había acudido a él porque quería saber qué se sentía. Quería dejar de ser virgen. Y Sebastian quería poseerla, de eso no había duda, así que...

—Sí. La próxima, será la definitiva.

Cuanto antes acabase aquello, tanto mejor.

Daphne estaba enamorándose de él.

Lo sabía. Era consciente de que pensaba en Sebastian cada noche antes de conciliar el sueño, también de las mariposas que sentía en su estómago ante la mera idea de volver a verlo y en lo fascinante que le resultaba cada mínima cosa que tuviese que ver con él.

No era solo una cuestión de deseo, cosa que por descontado también sentía, sino algo más. Ella quería saberlo todo de él. Su pasado. Su presente. Su futuro. Deseaba que ese hombre se abriese ante ella y le dejase verlo en realidad, aunque sabía que eso era algo que jamás conseguiría. Sebastian era un hombre hermético, que se escudaba en la ironía y el humor para salir del paso si en algún momento la conversación se complicaba.

Pero también era caballeroso y sincero, al menos con ella.

Daphne valoraba la sinceridad. Al principio había desconfiado de sus palabras, esas que le susurraban al oído que era hermosa y deseable, pero al final había caído en sus redes.

—Querida, vamos o llegaremos tarde —insistió su madre.

Resopló por lo bajo, terminó de arreglarse y salió de su habitación. Aquel día había quedado con su madre y sus hermanas pequeñas para ir al

centro y acudir a la modista. No es que tuviese unas ganas locas, pero por primera vez en mucho tiempo la entusiasmaba la idea de probarse un vestido, quizás uno que realzase sus pechos. Uno con el que se sintiese guapa, eso era lo importante. Que ella misma sonriese al mirarse al espejo.

Una vez en el carruaje, su madre volvió a repetirle lo mismo.

—Me parece una ofensa que no vayas a la casa de campo cuando te ha invitado la esposa del mismísimo duque de Wellington.

—Pues ve tú, madre —contestó.

—¡Qué descarada! Te han invitado a ti. Es evidente que, a su esposa, Anne, debiste de caerle en gracia en esa fiesta en la que coincidisteis. Y así se lo pagas tú, claro.

Daphne suspiró hondo. Su madre tenía razón. Le había caído bien a Anne y... había sido algo recíproco. La joven, que se había casado con Samuel Wellington un año atrás, era sencilla, divertida y amable, principalmente porque era una de las pocas mujeres casadas que se habían dignado a dirigirle la palabra a Daphne en una fiesta a pesar de que todas las demás parecían reclamar su atención. Cuando Anne se había acercado para admirar el color natural y rojo de su cabello, ella casi se había quedado muda sin saber qué decir, pero pronto la conversación terminó fluyendo y descubrió que hablar con ella era sumamente entretenido.

Ahora se sentía culpable por declinar la invitación.

—Está bien, me lo pensaré —terminó diciendo.

A fin de cuentas, quizás le vendría bien alejarse unos días de Sebastian. Así, al menos, podría despejar su cabeza y dejar de pensar a todas horas en él y en su maldita sonrisa.

—Así me gusta. —Su madre le dio unas palmaditas en la rodilla.

Cuando llegaron al centro, el carruaje las dejó frente a la modista.

Una vez dentro, descubrió que sus hermanas ya estaban allí.

—¡A mí me queda mejor el amarillo! —decía Tina.

—¡No es verdad! Resalta más con mi cabello.

—Chicas, no os peleéis —interrumpió su madre.

Daphne ahogó una risita. En el fondo, le gustaba seguir viendo que sus hermanas pequeñas se comportaban a veces como dos niñas. La hacía recordar tiempos mejores, cuando no había preocupaciones a la vista como encontrar marido o ser lo que sus padres esperaban, sino tan solo horas interminables durante las que jugar cada vez que la institutriz las dejaba salir al jardín tras terminar sus tareas. Ahora todo había cambiado.

—Podéis usar las dos el amarillo —les dijo.

—¡Qué locura! Eso sería inadmisible —repuso Tina.

—¿Quizás en dos tonos distintos? ¿Lo habéis pensado? —preguntó mirándolas a ambas mientras su madre se alejaba en busca de la modista—. A ti te queda mejor un poco más oscuro, un amarillo intenso, y a ti uno pálido. No hay por qué discutir.

Sus hermanas se quedaron pensativas unos segundos y terminaron

por asentir. Daphne suspiró satisfecha antes de empezar a desvestirse y quedarse entre las capas de enaguas. Cuando la modista regresó, le tomó las medidas de arriba abajo y resopló.

—¿Ocurre algo? —preguntó insegura.

—Algunos kilos de más, eso es lo que ocurre, querida —dijo sin tacto alguno, rodeándola—. Vamos, no me mires con esa cara de corderito. ¿Cómo quieres que mis vestidos se luzcan si no te esfuerzas un poco? Todo diseño bonito necesita una percha adecuada. Veamos, gírate, voy a tomarte las medidas de aquí...

Daphne parpadeó para no echarse a llorar ahí mismo.

Esa idea de verse guapa que había tenido aquella mañana desapareció de un plumazo. De repente se sentía demasiado redonda, poco agraciada y terriblemente triste.

—¿De qué color buscabas los vestidos?

—Algo oscuro, ¿quizás? —tanteó.

—Sí, mejor oscuro. Disimula más.

—Eso pensaba —dijo derrotada.

—¿Cuántos vas a querer y qué diseños?

—Solo uno. Sencillo. De recambio.

No dijo nada más mientras la mujer terminaba su labor antes de indicarle que podía volver a vestirse. Entonces, ignoró las miradas compasivas de sus hermanas y se apresuró a salir de la tienda porque, de

repente, necesitaba con urgencia tomar aire.

El viento era fresco a pesar de que estaban en verano.

Estuvo allí unos minutos, respirando hondo, viendo a la gente cruzar esa calle, que era una de las centrales de Londres, y a los carruajes y los caballos recorrer la calzada bajo aquel cielo plomizo que se cernía sobre la ciudad. Entonces, cuando estaba a punto de volver a entrar, lo vio a lo lejos. Sebastian estaba hablando con otros dos hombres de aspecto adinerado. Parecía relajado mientras uno de ellos le explicaba algo, pero, de repente, sus ojos verdes se fijaron en ella como si algo acabase de conectarlos. Daphne tembló.

Lo último que necesitaba en esos momentos era verlo.

Cruzó los dedos para que él la ignorase y siguiese a lo suyo, pero, para su sorpresa, no fue así. Sebastian apoyó una mano en el hombro de su interlocutor, asintió y luego pareció despedirse de él antes de girar sobre sus talones y cruzar la calle hacia ella.

La joven se quedó paralizada en la acera, nerviosa.

—Cualquiera diría que has visto a un fantasma.

Le hizo gracia que él intentase bromear, pero no pudo ni sonreír. Estaba ocupada contemplando su maravilloso rostro y preguntándose cómo era posible que un hombre como él hubiese accedido a estar con una chica como ella que ni siquiera cabía en un vestido bonito.

Entonces lo entendió todo de repente.

Se trataba de pena. De compasión.

—Tengo que irme ya —repuso.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—No pueden vernos juntos. —Fue la primera excusa que se le ocurrió, pero, ciertamente, a ella se la traía al paio si los veían o no juntos. Ya no era una niña. Ya no le importaba su reputación. Sin embargo, él frunció el ceño al escucharla e hizo una mueca.

—Comprendo. Mis disculpas.

Después, con una sonrisa orgullosa y nada agradable, Sebastian desapareció caminando calle abajo sin mirar atrás y ella se quedó allí como una tonta viéndolo marchar.

Desde luego, aquel iba a ser un día para olvidar.

Sobre todo, cuando se giró y se dio cuenta de que su madre y sus hermanas habían estado observándola desde dentro de la tienda, a través del cristal. Salieron juntas.

—¿Qué hacías hablando con Sebastian Cook? —preguntó su madre.

—Nada. Solo... le preguntaba la hora —mintió sin saber qué decir.

—Pues no deberías haberlo hecho. Mejor que no te relacionen con él.

—Es un hombre incorregible —suspiró Tina.

—No creo que sea tan malo —objetó ella.

No supo por qué tuvo el impulso de defenderlo.

—Oh, yo tampoco, al menos no para ciertas cosas... —Sus hermanas empezaron a reír bajito e ignoraron las quejas de su madre, que las miraba escandalizada—. Nadie puede ignorar su atractivo, aunque no le acompañe la reputación —añadió risueña.

Daphne apretó los labios. Sintió las tontas ganas de contarles a sus hermanas que estaba viéndose con él, pero pensó que quizás ni siquiera la creerían y cerró la boca. Aún se sentía dolida por lo que había ocurrido dentro del establecimiento y enfadada consigo misma por haber sido tan descortés con Sebastian cuando se había acercado a hablar con ella con la mejor de las intenciones, jovial y de buen humor. Claro que él no sabía que su día estaba siendo todo lo contrario y que tenía la autoestima por los suelos...

Con un suspiro de pesar, tras despedirse de sus hermanas, subió al carruaje con su madre y pusieron rumbo a la casa familiar, esa en la que ella seguía viviendo. Le empezó a doler la cabeza, pero se dijo que cuando llegase, lo primero que haría sería escribir una columna con todos los chismes que se habían sucedido en la última semana. Por ejemplo, Matthew Groves y Sarah Flaning se habían casado por sorpresa en Escocia, tras recorrer kilómetros y huir de sus familias, que se oponían a aquel enlace. ¡Era tan romántico! Mientras el carruaje traqueteaba y ella pensaba en qué enfoque darle al texto, pensó en cómo se sentiría Sarah cada vez que Matthew la mirase, sabiendo que él había estado dispuesto a cometer aquella locura tan solo para estar con ella y tener una vida en común, juntos.

Ningún hombre haría jamás nada parecido por ella.

Y mucho menos uno de mirada verde y sonrisa enigmática.

8

Estaba tan enfadado...

Y lo peor era que no tenía razones, pero le daba igual: lo estaba. Porque ella se había avergonzado ante la idea de que los viesen juntos en la calle. Habían pasado días y aún podía recordar la incomodidad en su rostro, los ojos llenos de vergüenza, la mueca de disgusto.

La odiaba por eso. Por hacerlo sentir inferior.

De modo que esa noche se tomó no una, sino tres copas de coñac antes de que ella llegase, como en las ocasiones anteriores, por la puerta trasera y acompañada por John. Cuando apareció en su despacho y cerró con llave tras ella, Sebastian tenía la lengua suelta gracias al alcohol y ningunas ganas de ponerse filtros. No cuando seguía cabreado, claro.

—Imagino que quieres que vaya directo al grano.

—Yo... —Lo miró insegura—. No lo sé.

—Así no te haré perder el tiempo con mi presencia.

La besó antes de que ella pudiese objetar nada. Más que besarla, bebió de sus labios. Era como encontrar una fuente de agua después de caminar por el desierto durante días y noches, sin descanso. Casi lo alivió el contacto con sus labios y tuvo ganas de gritar de frustración al sentirse así de

nuevo, porque desde luego complicaba las cosas.

—Gírate para que te quite la ropa —ordenó.

—¿Así? ¿Tan rápido? —Su voz sonó ahogada.

—Antes podrás irte, ¿no crees, amor?

Daphne se sujetó el corpiño contra el pecho cuando él desató los nudos, impidiendo así que la tela cayese. Tenía los ojos anegados de lágrimas y veía borroso. Le había pillado tan desprevenida todo aquello, que no sabía cómo reaccionar. Lo miró de frente.

—No sé qué está ocurriendo, pero no me gusta.

—A mí tampoco me gustan muchas cosas. La vida es así.

—¿Esto es por lo del otro día? ¿Cuándo nos encontramos en la calle?

—Ni siquiera sé de qué me hablas. Esto es, tan solo, porque quiero terminar cuanto antes con este trato que tenemos y que está empezando a alargarse demasiado...

Ella inspiró hondo y luego las lágrimas cayeron por sus mejillas. No se molestó en limpiárselas porque no tenía nada que ocultar en aquellos momentos. Ya había tocado fondo del todo y ni siquiera era capaz de avergonzarse entonces. Solo sentía tristeza y rabia.

—No te preocupes. No hay nada que terminar. No te robaré más tiempo.

—Daphne... —Se pasó una mano por el cabello rubio con

inseguridad.

—Pide un carruaje, por favor. Me iré cuanto antes.

Sebastian resopló alterado y recorrió la estancia de lado a lado, procurando encontrar la calma perdida. Cuando se fijó en sus ojos llenos de lágrimas, dio dos zancadas hacia ella y le sujetó las mejillas con las manos, limpiando el rastro con los pulgares.

—Lo siento, amor. No quería hacerte daño.

—Da igual. Solo has sido sincero, solo eso...

—No es verdad. No lo he sido. Tú tenías razón. —La miró fijamente a los ojos, con la esperanza de lo creyese—. Estaba enfadado porque me molestó que te avergonzases de que pudiesen vernos juntos. Es una tontería y estás en tu derecho, lo sé, pero no sé qué me ocurrió, qué me ha ocurrido hoy al recordarlo... Perdóname.

—¿Era por eso? —Daphne sorbió por la nariz.

Él asintió con la cabeza y vio que estaba diciendo la verdad.

—No me avergonzaba de ti, es que en ese momento no soportaba que me mirases.

—¿Por qué?

—No tiene importancia.

—Cuéntamelo.

—Ya casi lo he olvidado.

—Insisto.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta el sofá mientras Daphne seguía manteniendo el corsé sobre sus pechos. Él se inclinó, ató una de las tiras para sujetarlo, aunque fuese débilmente y la cogió de la barbilla para que lo mirase de frente.

—Quiero saber qué te pasaba —repitió.

Daphne no pudo rehuirlo por más tiempo.

—Te vas a reír, porque no es nada grave. Sencillamente ese día iba a la modista con la intención de pedir que me hiciesen varios vestidos nuevos, más a la moda. Lo cierto es que nunca he sido presumida como mis hermanas, pero por una vez tenía ganas de verme guapa. Así que eso hice. Sin embargo, al llegar allí... no salió como esperaba...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Francine, la modista, insinuó que las prendas no podían lucirse sin una buena percha y que a mí me sobraban varios kilos de más... —Se mordió el labio, sintiéndose como una tonta contándole aquella nimiedad a un hombre como Sebastian Cook, que dirigía un club, un pequeño imperio. Sacudió la cabeza—. Olvídalo.

—No, no lo olvido, demonios.

—Lo que ocurre es que al salir y verte me sentí la chica menos bonita del mundo y pensé... se me pasó por la cabeza la idea de que tú... — Se le atascaron las palabras.

—Dilo, Daphne —le ordenó, con la mandíbula en tensión.

—Que tú solo pasabas el rato conmigo por compasión.

Sebastian se puso en pie, enfadado y resoplando por lo bajo mientras ella permanecía sentada en el sofá, mirándolo sin saber aún si había hecho bien en contárselo o qué estaba ocurriendo. Pero, por suerte, él no se reía. Tampoco hacía ninguna de sus bromas. Al revés, parecía alterado, con los hombros rígidos, las manos en las estrechas caderas y el pelo dorado revuelto por todas las veces que había pasado los dedos entre los mechones.

—Pienso hacer que cierre esa maldita tienda.

Daphne parpadeó porque no estaba segura de haber oído bien.

—¿Te has vuelto loco? —Sacudió la cabeza.

—No. Escúchame. —Se arrodilló delante de ella, en la alfombra y frente a la chimenea. Posó las manos en su cintura y la atrajo más hacia él—. Eres la chica más preciosa que he visto nunca y no pienso consentir que nadie te diga qué puedes ponerte y qué no.

—No creo que lo dijese con mala intención.

—Me importa un bledo su intención.

—Y no soy guapa y lo sabes.

—Deja de decir tonterías.

—Tengo la cara llena de pecas.

—A mí me encantan tus pecas.

—A nadie le gustan. Parecen manchas.

—Te he dicho que a mí me gustan. ¿Por qué no te basta con eso?

Ven aquí, deja que te quite esto, verte con tanta ropa encima me está poniendo de peor humor. —Antes de que ella pudiese protestar, capas de ropa comenzaron a volar por los aires y a caer delante de la chimenea, formando un montón. Se quedó vestida con la sencilla camisola y la ropa interior, prenda que él le quitó de inmediato—. Escúchame bien, porque no volveré a repetirlo. No estoy contigo por compasión. Soy un cretino egoísta e interesado que jamás haría nada que no me complaciese a mí y, créeme, tú me complaces más que ninguna otra mujer en este momento —dijo besándole la cara interna de la rodilla.

—¿Qué... qué piensas hacer? —titubeó.

Sebastian estaba arrodillado delante de ella, entre sus piernas, su cabeza peligrosamente cerca del centro que palpitaba cada vez más rápido. Lo vio sonreír malévolo.

—Ahora lo verás. Estate quieta, amor.

Después, con un latigazo de placer, sintió su lengua en el vértice justo, torturándola de una manera lenta, deliciosa e inimaginable. Daphne gritó, incapaz de soportar el placer que la sacudía con cada caricia. Ni siquiera tuvo tiempo de prepararse mentalmente antes de alcanzar el clímax apenas unos segundos más tarde, sin necesidad de alargar más el momento. Fue instantáneo. Fuerte, arrollador y más intenso aún que la primera vez.

—No sabía que *eso* fuese posible —jadeó.

—Todo es posible —contestó él besándola.

Segundos después, Sebastian se desnudó y los dos acabaron sin ropa sobre la gruesa alfombra, delante del fuego. Daphne acarició su piel tersa e iluminada por la lumbre. Lo sentía poderoso sobre ella, rugiendo como un animal salvaje cada vez que la besaba.

—¿Me va a doler? —preguntó insegura.

—Un poco. —Le apartó el pelo de la cara y la miró. Allí, tumbada bajo él a su merced, Sebastian pensó que era la chica más hermosa del mundo. Sus pecas no le parecían defectos, sino algo que la diferenciaba de todas las demás y que la hacían especial ante sus ojos. Su cabello rojizo lo encendía. Su cuerpo curvilíneo era el pecado.

La besó mientras empezaba a hundirse en ella lentamente, con la esperanza de hacerle el menos daño posible, aunque sabía bien que era inevitable. Daphne se quejó levemente cuando llegó a aquella barrera que terminó rompiendo un segundo después de una sola embestida. Se quedó quieto mientras ella se acostumbraba a la intrusión y esperó pacientemente a que fuese Daphne la que pidiese más y marcharse el ritmo.

Al principio fue suave, alzando las caderas hacia él, temblando ante la sensación de tenerlo dentro, de estar los dos encajados al fin. Después, cuando Sebastian comenzó a hundirse en ella cada vez más fuerte y más rápido, sintió que el mundo se ponía del revés y que lo único que importaba eran ellos dos, haciendo el amor en aquella alfombra, con sus jadeos entrecortados y sonoros mezclándose en la habitación y nada más.

—Daphne... Joder, Daphne —gimió su nombre instantes antes de derramarse en su interior con tal intensidad que, tras acabar, se quedó unos segundos respirando contra su cuello, intentando tomar aire y también tomar el control de la situación.

Porque había sido arrollador.

Por desgracia, no lo sorprendió.

Era casi como si sus cuerpos hubiesen sido creados para estar juntos y al mínimo roce de esa piel blanquecina, todas sus barreras saltasen por los aires de golpe.

—Así que esto es hacer el amor —dijo ella mirando el techo.

Sebastian quiso corregirla y decirle que en esencia era *follar* y nada de hacer el amor. Pero no encontró el valor para hacerlo. Tan solo se quedó tumbado junto a ella en la misma posición, esforzándose porque su corazón volviese a la normalidad.

—¿Era lo que esperabas? —preguntó.

—Mejor. —Lo miró y sonrió.

—¿En qué sentido?

—Más intenso.

—Eso está bien.

—Y más íntimo.

Eso ya no estaba tan bien. La palabra *intimidación* escondía algo que a él le ponía los pelos de punta, como una especie de conexión especial con la

otra persona, o algo más profundo.

En realidad, lo único que deseaba era girarse y volver hundirse en ella en un segundo asalto, pero imaginó que estaría dolorida tras ser su primera vez y, además, él necesitaba tomar distancia, porque se sentía intranquilo y asustado. Estaba ocurriendo algo y no sabía el qué, pero no le gustaba nada sentirse tan inseguro junto a ella. Así que se puso en pie y buscó su ropa mientras ella se quedaba un rato más delante de la chimenea, totalmente desnuda, tentándolo de formas inimaginables. La observó. El corazón le latía tan rápido que temió que ella pudiese oírlo desde allí, mientras la luz del fuego creaba sombras en su piel.

¿Cómo podía pensar que no era bonita?

Si era la criatura más deseable que él había conocido...

Sacudió la cabeza y se sentó tras su escritorio. No quería echarla de allí y menos después de lo que le había contado sobre esa idiota modista que tendría que rendir cuentas ante él muy pronto, pero tampoco podía permitirse el lujo de quedarse dormido junto a ella, abrazándola, por mucho que lo deseara, pues sabía que si lo hacía terminaría quemándose del todo y haciendo o diciendo algo ridículamente romántico de lo que se arrepentiría.

Ya le había confesado que ninguna otra mujer podía complacerlo como ella.

Suficiente por un día, desde luego. Acabaría por enloquecer.

Se propuso mantenerse ocupado mientras Daphne dormitaba en su

alfombra y abrió el correo que tenía acumulado sobre el escritorio del despacho. Leyó algunas cartas poco relevantes y tiró a la basura un par de invitaciones a fiestas que no le interesaban. Finalmente, llegó hasta una que era de su amigo y socio Jack; había llegado ese mismo día.

Querido Sebastian,

Confío en que los días en el club sin mi presencia habrán sido prósperos y dignos de tu diversión. Imagino que a estas alturas tu ego está bien alimentado por todo el dinero que habrá pasado a engrosar nuestra cuenta corriente. Sé que, probablemente, tirarás esta carta al fuego en cuanto la leas, pero por insistencia de Sophie, mi adorable (y a veces testaruda) mujer, me veo en la obligación de comunicarte que estás invitado a pasar el próximo fin de semana en la casa de campo de los Wellington. No solo estaremos nosotros, también algunos otros invitados. Sophie insiste en que te diga que es una oportunidad memorable para despejarte del trabajo por una vez en tu vida, respirar el aire puro del campo y sociabilizar.

No se lo tengas en cuenta. Sabes que te aprecia.

Mantenme al tanto de lo que ocurre en el club.

Con afecto, Jack Gallard.

Sebastian releyó la nota y se quedó pensativo mirando el trozo de papel más tiempo de lo necesario, porque, a decir verdad, por una vez quizá

Sophie tenía razón. Puede que no necesitase esos días en el campo para *despejarse del trabajo por una vez en su vida*, pero sí para poner distancia entre él y Daphne antes de que aquello se complicase demasiado.

Puede que estando lejos de ella fuese capaz de olvidar que existía.

Cogió papel y mojó la tinta en pluma antes de escribir una respuesta en la que, decía que, con mucho gusto, aceptaba la invitación para pasar el próximo fin de semana en el campo. Sonrió al imaginar la cara de sorpresa que pondría Jack cuando la recibiese.

Él nunca se ausentaba del club, que era su casa.

Tampoco aceptaba propuestas para pasar tiempo con parejas de casados enamoradas e insufribles que le ponían los pelos de punta.

Se levantó y estiró la espalda antes de acercarse a la chica que estaba delante de su chimenea. Sacó una manta de un baúl y la tapó con ella. Daphne se movió un poco antes de aferrarse a los extremos de la tela y hacerse un ovillo. Él se quedó un rato más mirándola, de cuclillas en el suelo, sintiendo unas ganas inmensas e incomprensibles de tumbarse a su lado, abrazarla y pasar allí el resto de la noche, dormido junto a ella.

¿Qué sentiría...? No estaba seguro. Nunca lo había hecho.

Se había acostado con infinidad de mujeres, pero jamás había dormido con ninguna de ellas. Sebastian no tenía facilidad para conciliar el sueño, ni siquiera podía apenas hacerlo en su propia casa, esa que odiaba porque era solitaria y fría y apenas visitaba. Pasaba las noches en el

despacho, dormitando en el sofá, despertándose cada dos o tres horas casi siempre, excepto algunas noches en las que era afortunado y descansaba del tirón.

Daphne, en cambio, dormía como un bebé.

Sonrió al pensar eso y se puso en pie.

Lejos de poder cerrar los ojos en aquella situación y sabiendo que pronto la despertaría para que el carruaje pudiese llevarla de vuelta a casa, se dirigió a la extensa biblioteca, cogió un libro y se sentó en el sofá antes de empezar a leer, aunque, para su desgracia, cada vez que pasaba un par de páginas, siempre terminaba desviando la vista hacia el rostro lleno de pecas e iluminado tenuemente por las llamas ondulantes de la chimenea.

¿Qué iba a hacer? Se había metido en un buen lío.

Y ahora tenía que salir de él. De momento, lo mejor que se le había ocurrido era huir lejos, al campo, como un cobarde. Pero, al menos, era mejor que nada, ¿no?

9

A Daphne no le apetecía pasar aquel fin de semana en el campo junto a todas aquellas personas que, en realidad, no conocía demasiado bien. Sin embargo, tras la tentativa de que se lo pensaría, su madre se había sentido con la libertad de mandar una nota aceptando la invitación, algo por lo que habían discutido, y ella ya no podía negarse.

—Ya verás, será genial. Quizás conozcas a tu futuro marido, ¿quién sabe? He oído que han invitado a varias personas más y algunos amigos del mismísimo duque.

—Tiemblo de emoción —musitó con ironía.

—No seas aguafiestas y alegra esa cara.

—Como si fuera tan fácil —se quejó.

—Solo tienes que estirar los labios.

Daphne puso los ojos en blanco y esperó mientras el cochero subía su equipaje antes de abrirle la puerta. Se despidió de su madre, que se mostraba emocionada como si aquel viaje fuese algo así como “*a la caza de un marido*”. Parecía que daba igual cuántas veces le repitiese ella que tendría que conformarse con los matrimonios de sus hermanas.

A fin de cuentas, ¿qué tenía de malo estar soltera?, se preguntó

mientras el carruaje se ponía en marcha y dejaba atrás la mansión familiar. En cierto sentido, era bastante cómodo. Quizá no tenía tantas riquezas como una mujer casada ni la invitaban a tantas fiestas, pero, por otra parte, seguía teniendo su independencia y, gracias a ello, podía permitirse el lujo de escaparse algunas noches para ver a su amante, por ejemplo.

Ahora que Daphne sabía lo que era hacer el amor, supo que no soportaría la idea de contraer matrimonio con algún viejo aristócrata, por muy positivo que eso fuese para su situación social. No imaginaba otras manos tocándola ni otros labios besándola.

Lo que solo confirmaba algo que ya sabía: sentía algo por Sebastian.

La última noche que habían pasado juntos días atrás, se había sentido querida y arropada entre sus brazos mientras sus cuerpos encajaban frente a la luz de la chimenea. Luego se había quedado relajada, contemplando las llamas naranjas mientras escuchaba el leve sonido de la pluma con la que él escribía trabajando a su espalda, en el escritorio. Le gustó esa sensación de intimidad sin necesidad de que estuviesen mirándose o haciendo algo juntos. Y en algún momento, sin darse cuenta, terminó quedándose dormida.

Cuando Sebastian la despertó, lo hizo dándole un beso.

Daphne pensó que era el mejor despertar del mundo.

Puede que aún no lo supiese todo sobre él, pero sabía lo suficiente como para creer que era un hombre sincero, leal y testarudo. Rasgos que ella

no solo compartía, sino que valoraba. En lo último, por supuesto, cuando uno era capaz y tenaz a la hora de defender sus ideas, siempre y cuando estas fuesen justas. A ella le gustaba su carácter reservado, su lengua afilada en ocasiones y esa sonrisa que no prometía nada bueno en cuanto le quitaba la ropa.

Tenía la sensación de que nunca se cansaría de él.

Quizás por eso no había opuesto tanta resistencia ante la idea de asistir a la casa de campo de los Wellington, porque necesitaba alejarse, reordenar sus ideas y volver a centrarse en lo importante. Es decir: debía recordar que aquello era tan solo una mera aventura más para Sebastian y que, tarde o temprano terminaría y ella tenía que mantener su orgullo intacto hasta entonces. Suspiró. Después frunció el ceño al preguntarse a cuántas chicas les habría arrebatado Sebastian su inocencia y si a todas las miraba a los ojos durante aquel momento cercano al clímax final, cuando los corazones latían desbocados a un mismo ritmo.

Mientras el carruaje seguía su curso, sacó un periódico arrugado que le había pedido prestado a su padre del día anterior y se dedicó a leer las partes de sociedad y algunos artículos más. Desde que había empezado aquella aventura con Sebastian, su trabajo se había resentido un poco, porque, por primera vez desde que podía recordar, Daphne estaba siendo la protagonista de algo, aunque solo fuese un escarceo amoroso, y les había perdido la pista a esas otras vidas de las que normalmente estaba tan

pendiente.

Era bueno y malo al mismo tiempo, claro está.

Cuando llegó al fin a la casa de campo, estaba ansiosa por bajar cuanto antes, estirar las piernas y tomar aire, así que apenas esperó a que el cochero le abriese la puerta para salir a toda prisa y respirar profundamente mientras él se ocupaba de su equipaje.

El mayordomo la estaba esperando en la puerta principal.

—Lady Daphne, bienvenida. Acompañeme.

Ella lo siguió hasta la casa y, una vez dentro, en cuanto cruzó el umbral, se vio sacudida por el llanto de un par de niños pequeños, saludos entusiastas y sonrisas sinceras.

—¡Qué alegría que finalmente te decidieses a venir!

Anne la miraba entusiasmada, al lado de su marido.

—Lo mismo digo. Esperamos que disfrutes de la estancia — corroboró el duque, Samuel, cortés—. Nuestra criada Lineth te acompañará hasta tu habitación para que puedas acomodarte. Imagino que estarás cansada después del largo viaje.

—Lo cierto es que sí. —Sonrió, agradecida.

Se escucharon más voces infantiles a lo lejos.

Y, de repente, una tremendamente masculina acompañaba esas risas inocentes y que se acercaba cada vez más. Daphne esperaba ver llegar a Jack y a Sophie, la hermana de Anne, pero por el contrario apareció ante sus ojos

un hombre alto de cabello rubio y ojos verdes que sostenía entre sus brazos a una preciosa niña llamada Susie.

Se quedó callado en cuanto la vio allí.

Daphne quiso decir algo, así que abrió la boca, pero no salió sonido alguno y volvió a cerrarla con torpeza. Él parpadeó un par de veces, sin soltar a la chiquilla. Anne y Samuel se quedaron mirándolos, estudiando la situación, hasta que Jack y Sophie aparecieron mientras hablaban entre ellos ajenos a lo que ocurría. Algo de lo que pronto se percataron.

—¿Va todo bien? —Anne la cogió del brazo.

—Sí, esto... es solo... no me encuentro bien.

—¿Estás enferma? —La miró con preocupación.

—No, no es exactamente eso...

—¿Os conocéis? —interrumpió entonces Samuel.

Jack se echó a reír y sacudió la cabeza de lado a lado.

—¿Sebastian y lady Daphne? No me hagas reír. Eso sería igual de improbable que ver volar a los cerdos. Dame a Susie, ya me encargo yo —dijo ajeno a la tensión del momento y cogiendo a su hija de los brazos de su amigo, algo que a la niña no pareció gustarle del todo, pues lloriqueó un poco. Como el silencio continuó, Jack frunció el ceño—. ¿O acaso hay algo que me he perdido? —preguntó echándole una mirada furtiva a su amigo.

—Nada que sea de tu incumbencia —contestó Sebastian.

—Desde luego, no conozco a nadie más impertinente que tú —se

quejó Sophie, aunque lo hizo con una sonrisa velada—. Si fueses razonable y estuvieses dispuesto a pasar por el altar, seguro que se te calmaban esos humos. ¿Cuándo vas a complacerme?

—Nunca —dijo mirando a Daphne a los ojos.

—Tan alentador como siempre. —Sophie suspiró y cogió a la pelirroja del brazo para acercarla más a ella—. Te presento a Sebastian Cook. Canalla empedernido y oficial de Londres, así que mejor no te fíes de él y del encanto de su cara bonita —bromeó.

Daphne deseó reír para seguirle el juego, pero tenía algo atascado en la garganta y no pudo hacerlo, así que se limitó a asentir y a bajar la mirada al suelo para evitar enfrentarse a esos ojos verdes que estaban clavados en ella. Sebastian parecía ¿enfadado? Ella no entendía por qué, pero de repente se sentía fuera de su ambiente, entre desconocidos, desprotegida y con ganas de volver corriendo a su carruaje y pedirle que la llevase a casa.

—Te acompaño hasta tu habitación —dijo Anne—. La cena no se servirá hasta las siete, por si quieres darte un baño antes. Puedo pedirle a la doncella que te suba agua caliente.

—Oh, eso sería fantástico. Gracias.

Junto a la criada, subió las escaleras con la anfitriona, que la cogió del brazo y le sonrió abiertamente mientras ascendían, como si fuesen amigas de toda la vida. Anne era dulce y agradable, una de esas personas que sabes que no son peligrosas.

Le enseñó su habitación. Era espaciosa.

—Pediré que te enciendan el fuego.

En ese momento, Sophie entró en el cuarto, cerró la puerta y se apoyó en ésta mientras las miraba a las dos con los ojos brillantes y cierto aire de sospecha.

—¿Por qué has cerrado la puerta así? —inquirió su hermana.

—Creo que está ocurriendo algo. Es decir, durante los últimos dos años he tenido la oportunidad de conocer bien a Sebastian y sé que no es fácil dejarlo sin palabras. ¿Hay algo que no nos hayas contado, Daphne? Porque te prometo que no saldrá de aquí.

—Yo... —Se sonrojó de la cabeza a los pies.

—¡Estás incomodando a mi invitada! —protestó Anne.

—Pero es que... la cara de Sebastian... Lo siento.

—No, tienes razón —terminó por admitir Daphne—. Sí que nos conocemos. Sencillamente, creo que ninguno de los dos esperaba encontrar aquí al otro. De hecho, tenía entendido que jamás se ausenta apenas de su club de juego.

—Y así es, por eso muero de intriga por saber qué está ocurriendo.

—¡Eres una cotilla entrometida! —la acusó Anne.

—No me culpes. Son los genes de madre —se excusó Sophie antes de apartarse de la puerta cerrada y acercarse a la chimenea para calentarse las manos—. Vamos, Daphne, te prometo que no saldrá de aquí. Tan solo

pretendo entenderlo. Él es... testarudo. Sé que no le sacaré ni un ápice de información ni aunque le ruegue de rodillas.

—¡Estás chiflada! —exclamó su hermana—. No hay nada que una a Daphne y a Sebastian más allá de alguna mera casualidad, ves fantasmas donde no hay...

—Tenemos una aventura —soltó entonces Daphne.

No supo por qué lo hizo, pero de repente necesitó decir aquello en voz alta. Era la primera vez que se lo contaba a alguien y lo estaba haciendo casi con unas desconocidas. Pero fue un desahogo. Como hacerlo real y, al mismo tiempo, dejarse ver por fin en realidad.

Cuando quiso darse cuenta, estaban las tres sentadas frente al sofá, en la lumbre, y ella les relataba con todo lujo de detalles las locuras que había cometido en el último mes con uno de los hombres más poderosos y peligrosos de toda la ciudad.

Era, claro, lo más apasionante que le había ocurrido jamás.

Al acabar de escucharla, Sophie aún sacudía la cabeza, incrédula.

—Pero esto es... Hay varias cosas que no entiendo —puntualizó.

—Yo aún estoy intentando asimilarlo —dijo Anne sorprendida.

—Vayamos por puntos. —Sophie suspiró mientras analizaba la situación—. Para empezar, hay algo que no me cuadra. Sebastian, hasta donde yo sé, no mantiene relaciones cerradas. Es decir, todo eso sobre la exclusividad. Él jamás habría aceptado un trato así.

Daphne se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Fue él quien lo propuso. Dijo que no quería que mientras mantuviésemos esta especie de relación me viese con nadie más, así que yo le pedí lo mismo.

—Bien hecho —atisbó a añadir Anne.

—¿Y todo eso de tener varias citas antes de ir directo al grano? No me parece algo propio del Sebastian que yo conozco. Él habría necesitado una sola noche para finiquitar la propuesta. No te ofendas, pero es la verdad. Las mujeres le duran menos que una bolsa de cacahuetes. Hay algo que se nos está escapando...

—¿Qué opinas tú? —le preguntó Anne.

Ella suspiró, indecisa. ¿Qué opinaba de todo aquello? No estaba segura. Por una parte, sabía lo que había, pero por otra parte también era dolorosamente consciente de lo que sentía. Al pensarlo, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero antes de que pudiese limpiárselas con el puño de la manga, Anne le tendió un pañuelo.

—No me digas que te has enamorado... —susurró Sophie.

—Un poco —admitió—. Un poquito de nada. Se me pasará.

Las dos Thomson la miraron apenas y ella lo entendía. ¿Qué iban a decirle? Darle esperanzas sobre uno de los tipos más indomables que conocían era un suicidio.

—Debería darme ese baño para despejarme un poco.

—Claro, querida. Pediré que te suban la bañera.

—Gracias —asintió con la cabeza.

—Y estamos aquí al lado si necesitas hablar —se ofreció Sophie.

—Lo tendré en cuenta. A propósito, ¿vendrá mucha más gente este fin de semana?

—Tan solo un par de amigos de Samuel —contestó.

—Perfecto. —Quería que hubiese gente, para no sentirse tan incómoda en presencia de Sebastian, pero tampoco mucha como para sentirse fuera de lugar.

De modo que se dio un baño que alargó todo lo que pudo, hasta que el agua empezó a enfriarse y se obligó a salir antes de terminar pillando un resfriado. Una de las doncellas la ayudó a vestirse, a peinarse y a estar lista para la hora de la cena, momento en el que se decidió al fin a salir de la habitación y enfrentarse a lo que fuese que pudiese ocurrir esa noche.

Por suerte, cuando llegó al comedor, ya estaban casi todos allí, menos Anne, que estaba dándole el pecho a su bebé, a pesar de que tenían a una niñera que se ocupaba de ello. Daphne sintió un vacío intenso en el corazón mientras Sophie le hablaba del asunto y pensó que, de haber sido tan afortunada como para tener hijos, a ella también le habría encantado tener la oportunidad de darle el pecho de vez en cuando, aunque algunas personas no lo aprobasen, tan solo por el mero hecho de disfrutar de aquel vínculo tan especial.

Cuando se acomodaron en la mesa, la colocaron al lado de lord Peter Wallas, un amigo del duque que le separó la silla con caballerosidad y se mostró atento y considerado en todo momento, ofreciéndole conversación. Ella hizo el mayor esfuerzo de su vida por ignorar a cierto hombre rubio que tenía enfrente. Sentía sus ojos atravesándola.

—Me estoy planteando pasar buena parte del año en el campo — comentó Peter con una sonrisa—. Es agradable, ¿no opina lo mismo, lady Daphne?

—Sí, el aire es muy distinto aquí —admitió.

—A mí no me lo parece —replicó Sebastian.

Ella alzó la vista y aguantó su mirada a duras penas. ¿Por qué parecía querer dejarla en evidencia delante de toda la mesa? Su amigo Jack le dirigió a Sebastian una mirada cauta mientras cortaba su filete de carne con el cuchillo, pensativo.

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—Hay más humedad. Es un hecho.

—Eso no tiene por qué ser malo.

—Lady Daphne tiene razón —intervino Peter, complaciente—. De hecho, tengo entendido que se ha demostrado que ayuda a curar ciertas enfermedades.

—Por suerte, no estoy enfermo y puedo seguir viviendo en la ciudad —contrató Sebastian sin demasiado humor, mirando al hombre que estaba

sentado a su lado—. ¿Sufre usted algún problema pulmonar? —le preguntó con insolencia.

—No pretendía decir eso, tan solo puntualizar que...

—Que las patatas están deliciosas, en su punto —interrumpió Daphne, que no soportaba ver cómo ambos se enzarzaban en una trifulca tan tonta como aquella.

—La cocinera es increíble —comentó Sophie.

—Perdón por el retraso —dijo entonces Anne.

Se sentó en su silla y se dispuso a comer. Daphne se fijó en cómo el duque le hacía una caricia en la mejilla con los dedos y no pudo evitar sentir envidia ante aquel gesto tan efímero pero lleno de complicidad. Cuando volvió la vista al frente, advirtió que Sebastian había seguido la trayectoria de su mirada y ahora tenía el ceño ligeramente fruncido.

Después de la cena, pasaron un rato más en la salita, charlando sin prisas. Peter era un hombre educado y simpático que parecía querer saberlo todo sobre ella, algo que a Daphne la sorprendió. Se dio cuenta de que, quizás, se debía a que se sentía más segura de sí misma, más poderosa y confiada. Por primera vez, durante una velada, no se había quedado rezagada en un rincón o limitado a contestar cualquier pregunta con monosílabos.

Al revés. La conversación se alargó hasta bien entrada la madrugada.

—Creo que voy a irme a dormir ya —dijo conteniendo un bostezo.

—Sí, mañana será un día duro si vamos a salir con los caballos.

Ese era en plan: salir a cabalgar. No todos lo harían, claro. Al menos, Anne ya había dicho que se quedaría en casa con el pequeño y que ya le contarían a la vuelta si se habían divertido. Sophie, por el contrario, parecía ansiosa de que llegase la hora.

De modo que, cuando Daphne se puso un camisón y se metió en la cama, lo último que esperaba era que alguien llamase a su puerta. Se levantó, agradeciendo la vela que aún tenía encendida y abrió un poco para mirar por la rendija que dejó a la vista.

—Soy yo —susurró él sin mucho humor.

Abrió y entró como un vendaval. Daphne se encogió ante su presencia, porque una ráfaga de frío se coló por la puerta hasta que él la cerró a su espalda. Se miraron en silencio en mitad de la penumbra, como si cada uno esperase que el otro dijese algo.

—¿Qué es lo que te propones? —preguntó Sebastian.

—No te estoy entendiendo. No sé a qué te refieres.

—No te hagas la tonta conmigo.

Dio un paso al frente y ella un par hacia atrás.

—Te digo que no sé de qué me hablas.

—Intentas que te comprometa, ¿verdad? Fue así desde el principio, desde que pusiste un pie en el club. Déjame decirte que eres una actriz de primera. Deberías dedicarte a algo relacionado con ese don que tienes —dijo con la voz ronca, acercándose más—. Pero, escúchame, no va a ocurrir. No

me casaré contigo. Me da igual si toda Inglaterra se entera de que hemos estado juntos. Sea cual sea el plan que tienes en mente, olvídalo.

Antes de que Daphne pudiese ser consciente de lo que hacía, alzó la mano y le golpeó la mejilla. Sebastian se llevó los dedos allí, sorprendido, mirándola fijamente. Ella sentía una mezcla de rabia, ira y enfado en el pecho que apenas la dejaba respirar.

Sintió que la tierra y se abría bajo sus pies y se hundía.

—Lo siento, no quería hacer... no quería hacerlo.

—Maldita sea —masculló él malhumorado.

—¡Es culpa tuya! ¿Cómo se te ocurre decir todo eso?

—Porque me has demostrado que es cierto.

—Yo no te he demostrado nada —protestó.

—Pero estás aquí, ¿verdad? Misteriosamente, el mismo fin de semana que yo, ¿casualidad? No lo creo. Lo que creo, en realidad, es que te enteraste de mis planes, decidiste venir y conseguir que te comprometiese delante de todo el mundo. Muy inteligente, aunque déjame decirte que hay algunas lagunas en este plan tuyo.

—Eres despreciable —escupió, a punto de llorar.

—Lo mismo digo, amor —respondió con desdén.

Sebastian se dio la vuelta y abrió la puerta, pero antes de que pudiese salir y marcharse, ella se adelantó un par de pasos hasta quedar a su espalda.

—Estás tan equivocado que ni siquiera voy a tomarme la molestia de

demostrarte que estás cometiendo un error, pero solo te diré una cosa, si de verdad desease cazar un marido, tener boda e hijos, ten por seguro que no intentaría comprometerte a ti teniendo cerca a un hombre como lord Peter.
Buenas noches, Sebastian.

Y sin darle tiempo a replicar, cerró la puerta con fuerza.

Luego, se metió en la cama y se echó a llorar.

10

Sebastian quería romper algo, el problema era que no se encontraba en la comodidad de su club, en su despacho, sino en una casa de campo de un duque al que sospechaba que no le sentaría nada bien que lo pusiese todo patas arriba.

Como era habitual en él, no podía dormir.

Eran ya las tres de la madrugada cuando se levantó de la cama, incapaz de quedarse ahí durante más tiempo. Inquieto al sentirse en una casa extraña, se movió a tientas. Llevaba horas dando vueltas entre las sábanas, repitiéndose mentalmente las últimas palabras que Daphne le había dicho. El problema no eran las palabras en sí mismas, sino cómo lo habían hecho sentir. ¿Por qué le dolían tanto? ¿Por qué sentía que el corazón le latía más deprisa cuando las rememoraba? Se llevó una mano al pecho y respiró profundamente.

Estaba perdiendo el norte. A él no le venía bien el aire del campo.

Anduvo a oscuras por el pasillo hasta llegar a la biblioteca con la esperanza de encontrar algún libro entretenido que lo hiciese conciliar el sueño y relajarse. Pero, cuando llegó allí, tan solo se encontró con su amigo Jack sentado en un sillón y bebiendo una copa.

—Siempre has sido un ave nocturna —le dijo.

—Mira quién fue a hablar. ¿Qué tienes ahí?

—Whisky, del mejor. ¿Una copa?

—Ni siquiera deberías preguntar.

—Cierto. Creo que te vendrá bien. Te he visto muy alterado ahí abajo, durante la cena —puntualizó antes de darle el vaso y alzar el suyo para brindar.

Sebastian bebió con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, amigo? —insistió Jack.

—Nada. Una época inestable. Solo eso.

—¿Tiene que ver con cierta chica de pelo rojo?

Suspiró y se frotó los ojos, consternado. No estaba seguro de qué le estaba ocurriendo, pero hablar con Jack nunca ayudaba, porque él lo conocía bien y sabía cómo se sentía. Habían compartido juntos un pasado en común. Odiaban por igual a la clase alta y aristocrática y se habían prometido que nunca dejarían que una de esas damas acabase con ellos frente a un altar cuando ya fuesen poderosos y tuviesen dinero, lo único que sin duda las atraía. Pero después Jack había conocido a Sophie y todo se fue al traste.

—No eres el más indicado para entenderme.

—Oh, créeme, sí que lo soy, amigo. Otra cosa es que no quieras escucharme. Pero, como eres casi como mi hermano, voy a tomarme la libertad de darte ese consejo que no me has pedido. Escúchame bien,

Sebastian: ten cuidado. Y no por lo que estás pensando, sino por lo contrario. Hay errores que pueden pesarte toda la vida. Y hay trenes que solo pasan una vez. Si lo pierdes o dejas que se escape, luego no te lamentes por ello, ¿me entiendes?

—No hay ningún tren... —mintió inseguro.

—Ya lo creo que lo hay. Y sé bien distinguirlos, porque estuve a punto de perder el mío, ¿recuerdas? Sophie estuvo a un paso de casarse con otro y sé que, si hubiese dejado que ocurriese, me habría arrepentido para siempre. Hay cosas que no tienen solución.

Sebastian se terminó de un trago su copa.

—Comportarse como un idiota de primera, tampoco tiene solución —añadió una voz a su espalda cuando el duque de Wellington se unió a la fiesta y entró en la biblioteca.

—Pues ya estamos todos. —Jack sonrió.

—Por una vez, este demonio de aquí tiene toda la razón —opinó Samuel señalando a su cuñado y reprimiendo una carcajada—. Hay momentos en la vida en los que tienes que apostar todo a una sola carta, aunque tengas miedo. Todos hemos tenido miedo.

—Esto parece una intervención en toda regla.

Sebastian resopló molesto. El corazón seguía latiéndole deprisa desde que había salido de la habitación de Daphne con esas palabras retumbando en su cabeza. Por un instante, se tomó la molestia de imaginar

qué ocurriría o cómo se sentiría si ella terminaba casándose, por ejemplo, con lord Peter. Sacudió la cabeza.

Ah, eso no ocurriría nunca, claro.

Porque él lo mataría antes.

Cuando esa idea cruzó su mente, tuvo que sujetarse al brazo del sillón para sentir que seguía teniendo los pies en el suelo. Si eso no eran celos, que los demonios bajasen y se lo llevarsen. Todo su cuerpo vibró ante aquel pensamiento. Era imposible que él soportase el hecho de que ella estuviese entre los brazos de otro hombre. ¿Y qué ocurriría cuando aquello que tenían llegase a su fin? ¡Santo Dios! Si es que no había llegado ya después de todo lo que él le había dicho aquella noche al ir a su dormitorio. Era un salvaje desconsiderado.

Se llevó una mano a la mejilla, recordando el golpe.

Se merecía de lleno el tortazo. Y alguno más.

Sonrió al recordarla con ese carácter que parecía guardarse para la intimidad. En parte, le gustaba que solo él supiese que, lejos de las miradas de la gente, Daphne era una mujer increíblemente pasional, muy directa, sin pelos en la lengua.

Se frotó la piel y se puso en pie.

—¿En qué estás pensando?

—Solo ordenaba mis ideas.

Jack suspiró sonoramente antes de negar con la cabeza, como si lo

diese por perdido. Claro que él no sabía que, en realidad, era todo lo contrario. Sebastian estaba empezando a despertar. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo. Por una parte, seguía teniendo miedo, porque la idea de sucumbir a los encantos de una mujer, la idea de atarse eternamente a una de esas damas... Pero, por otro lado, cuando recordaba de qué chica se trataba, lo veía todo diferente. No parecía tan terrible cuando sus ojos almendrados aparecían en su cabeza y recordaba la sensación de hundir los dedos en su pelo de fuego.

—Deberíamos darlo por perdido —objetó Samuel.

—Amén, amigo. Sírveme otra copa —dijo Jack.

—Que sean tres —pidió, aunque ya estaba de pie.

A la mañana siguiente, Daphne tuvo que empolvase el rostro varias veces antes de bajar a desayunar porque se había pasado la mitad de la noche llorando y tenía unas bolsas horribles bajo los ojos. Cuando al fin estuvo presentable, apareció en el comedor principal e ignoró la presencia de Sebastian que, por el contrario, la miró tanto como si quisiese desgastarla. Ella se limitó a untar sus tostadas y a comérselas en silencio mientras Sophie le hablaba sobre el fantástico y soleado día que hacía. Peter también intentó mostrarse comunicativo, pero aquella mañana Daphne apenas se aguantaba a sí misma.

Quería marcharse cuanto antes de aquel lugar.

Después de lo que había ocurrido la pasada noche, había trazado un plan que llevar a cabo. Saldría a cabalgar y, al regresar, diría que se encontraba mal después del ejercicio. Dolor de tripa, por ejemplo. Antes de que llegase la tarde, estaría en su carruaje directa hacia Londres con la excusa de que en su casa estaría más cómoda y llamaría a su médico.

—¿Lista para darlo todo? —Sophie le sonrió.

—Sí. —Le dedicó el mismo gesto y la siguió.

Aún tenía el desayuno en el estómago cuando algunos mozos aparecieron en la parte trasera de la casa de campo con varios ejemplares. A ella le dieron un caballo blanco que, al parecer, era sumamente dócil y obediente. La ayudaron a subir y se colocó de lado antes de coger las riendas y acariciar el pelaje del animal para calmarlo mientras los demás montaban y se preparaban. De reojo, contempló a Sebastian subiendo en un ejemplar negro azabache que parecía tener el mismo genio que él. Es decir, que era insoportable.

Apartó la vista antes de que pudiese ver que lo miraba.

Luego, siguió a los demás cabalgando hacia los bosques que rodeaban la propiedad. Era cierto que hacía un día agradable y soleado, aunque a ella lo único que le apetecía era hacerse un ovillo en la cama y quedarse allí para siempre, protegida.

El corazón le dolía cada vez que distinguía la espalda ancha de

Sebastian a unos metros de distancia por delante de ella, los hombros tensos, las manos sujetando las riendas... Si no hubiese sido tan guapo, todo habría sido mucho más fácil, pensó.

Aunque no era cierto.

Le gustaba por algo más que su belleza. Había muchos hombres apuestos en Londres, pero ninguno tenía esa pinta de canalla ni se había labrado toda su fortuna desde las mismísimas calles hasta conseguir fundar un club de juego. Ninguno era tan orgulloso ni tenía tan mal humor, pero a pesar de esos defectos, ella pensaba que tenía muchas más virtudes. Como la lealtad. Cada vez que sus ojos verdes se fijaban en Jack, veía cómo se le iluminaba la mirada. Era evidente que lo quería como a un hermano de sangre.

Estaba tan ensimismada mirándolo, que su mano se mantuvo floja cogiendo la rienda cuando el caballo saltó para esquivar un tronco caído y ella, al asustarse, tiró con más fuerza de la necesaria, alterando al animal, que empezó a correr a toda velocidad.

—¡Mierda! —masculló Sebastian.

—¡Iré a por ella! —dijo Peter.

—No será necesario. Yo me encargo.

Sebastian lo dejó con la palabra en la boca antes de salir tras ella lo más deprisa que pudo. Por suerte, no tardó en alcanzarla. Cuando llegó a un pequeño claro en medio del bosque por el que pasaba un río, cuya agua

apenas llegaba a las rodillas, el animal frenó al decidir no cruzar al otro lado.

Él desmontó de su caballo y fue hasta ella.

—Dame la mano, te ayudaré a bajar.

—No sé qué ha ocurrido... —gimió.

—Venga, Daphne. Yo te cojo.

—Pero peso demasiado.

—Deja de decir tonterías.

Y sin darle más tiempo, la sujetó de las pantorrillas, tiró de ella y la bajó del caballo antes de lo que dura un pestañeo. Daphne parecía aún aturrida mientras él la evaluaba para asegurarse de que estaba bien. Le apartó un mechón de cabello y se lo puso tras la oreja.

Ella rehusó la caricia cuando se dio cuenta y se alejó unos pasos.

—¿Ahora te molesta que te toque? —preguntó él.

—Sí, después de saber lo que piensas de mí, sí.

—Daphne... sobre lo que dije anoche...

La chica negó con la cabeza y dio un par de pasos hacia atrás, sin ser consciente de que estaba acercándose más de la cuenta a la orilla del poco profundo río.

—No hace falta que me des explicaciones, ya lo dejaste todo muy claro. Y te diré una cosa, Sebastian Cook, oh, hombre todopoderoso que cree que todas las mujeres del mundo caerían a sus pies —ironizó—, puede que yo no sea bonita y tú tengas esa... esa cara... pero que sepas que aún así

tengo mi orgullo.

—Daphne, ten cuidado...

—Y no estoy dispuesta a tolerar esas acusaciones tan estúpidas por tu parte. Soy la autora de una columna de sociedad, ¿recuerdas? Si quisiese casarme contigo, ya habría buscado la manera de filtrar información sobre nuestros encuentros —siguió ella alterada.

—No te muevas más o si no...

—¡Lo que dijiste ayer fue una vergüenza! Y no voy a consentir que...

Pero ahí terminó todo su discurso, porque, un segundo después se encontraba de culo sobre las piedrecitas de río, con el agua pasando a su alrededor con suavidad.

Estaba helada. Transparente y helada.

Y el muy idiota de él se estaba riendo.

—¡Eres un bastardo! ¡Un maldito bastardo!

—Espera, ven aquí, te ayudaré a salir.

Se inclinó hacia ella extendiendo los brazos, pero no podía dejar de reír a pesar de la situación. Por eso no vio venir el siguiente movimiento de Daphne cuando ella tiró con fuerza de él y acabó encima de ella en el agua. Parpadeó sorprendido. Las gotitas de agua pendiendo de sus largas y rubias pestañas mientras ahora era ella la que se reía a carcajadas.

—¿Te has vuelto loca?

—Te lo merecías.

—Vas a pagar por esto...

—No me asustas, Sebastian.

—No me refería a ese tipo de amenaza, sino a una mucho más estimulante y divertida —dijo él mientras abarcaba con la mano uno de sus pechos turgentes.

Ella cerró los ojos en un primer momento, arrastrada por el placer de la caricia y por lo mucho que había echado de menos su voz y su cercanía, pero se apartó cuando recordó las palabras que le había dicho la noche anterior, esas cargadas de desdén.

—¡No! Esto no debería volver a ocurrir.

—Yo creo que debería ocurrir un millón de veces más —rugió él, siguiéndola hasta la orilla cuando ella salió y se escurrió el pelo que se le había deshecho.

—¿No te da miedo que intente cazarte? Quizás todo es una treta, ¿sabes, Sebastian? Quizás he tirado con fuerza de la rienda del caballo a propósito, para que vinieses a buscarme.

—No seas rencorosa. Daphne...

—Lo siento, no puedo.

Él la alcanzó y la abrazó. Luego la miró fijamente a los ojos. Los dos estaban empapados de arriba abajo y sus ropas se pegaban al estar tan juntos.

—¿Ya no me deseas? —dudó.

—Sí te deseo. Pero deseo al hombre que creía haber conocido, no al que desconfía de mí. Pensaba que teníamos un trato y que era real y justo para ambas partes.

Su mirada verde la atravesó con intensidad.

—¿Y si te dijese que quiero cambiar ese trato? ¿Si te dijese no deseo solo una aventura contigo sino algo más? Algo duradero. Algo como... el matrimonio.

—¿Te burlas de mí? —jadeó.

—No. No lo sé. Es que yo...

Ella se apartó. Por un momento, solo un momento, lo había creído, porque veía en sus ojos verdad y deseo, pero al verlo dudar ahora supo que Sebastian jamás lo daría todo por ella. Tenía demasiado miedo, aunque ella no entendía por qué. La idea de haber tenido tan cerca la oportunidad de casarse con él la hizo estremecerse mientras se subía en el caballo y él se quedaba ahí aún pensativo, pasándose una mano por el pelo.

Daphne se alejó sin despedirse, con un nudo en la garganta.

El día anterior, al llegar a la casa de campo y ver a Sebastian con la niña en brazos, riéndose tan relajado, había sentido un agujero inmenso en el pecho. Luego, por la noche, entre las lágrimas, quiso imaginar una realidad paralela en la que él y ella formaban una familia. Sabía que, en otra vida y en otras circunstancias, Sebastian sería un padre perfecto.

Pero él había elegido aquello y ella no podía cambiarlo.

11

Cuando Daphne llegó a casa, su madre salió a recibirla alterada, siguiéndola escaleras arriba hasta su habitación sin dejar de hablar a su espalda y de hacerle preguntas.

—¿Cómo es posible que estés aquí tan pronto? No tenías que volver hasta pasado mañana. ¿Ha ocurrido algo, cielo? Sabes que puedes contármelo.

—Estoy bien. Me sentía indispuesta, madre.

—¿Y eso es todo? —insistió entrecerrando los ojos.

—Sí. —Posó la mano en el picaporte de la puerta de su dormitorio—. ¿Por qué me miras con esa cara de sospecha? Ni que hubieses visto un fantasma.

—Un fantasma, no. Pero sé que me escondes algo.

Daphne suspiró hondo. Había sido un día muy duro y lo último que le apetecía era discutir. Ese mismo día, tras el percance con el caballo, había regresado a la casa y les había explicado a Anne y a Sophie lo que había ocurrido. Las dos habían entendido que decidiese marcharse antes de hora y la habían ayudado con todo lo necesario para tener listo su carruaje cuanto antes. Al final, había salido de allí a la hora de la comida y ya era de noche.

—¿Por qué iba a hacer algo así, madre?

—No lo sé, dímelo tú. El mismo día que te marchaste de viaje llegó esto a casa.

Antes de que pudiese preguntar de qué se trataba, su madre abrió la puerta de su habitación y contempló los numerosos paquetes que había sobre su cama. Frunció el cejo, sin comprender qué era todo aquello. Entró, seguida por la mujer.

—No lo entiendo. Yo no he pedido nada...

—Son vestidos. Un montón de vestidos de las mejores telas que he visto en mi vida. Deben de ser algún tipo de importación o hacerse por encargo en algún lugar de Londres que no conocemos. Llegaron con una pequeña nota, pero está sellada. ¿Vas a explicármelo?

Daphne abrió la boca y volvió a cerrarla.

¿Qué podía decir? Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había conocido al hombre más maravilloso del mundo e iba a perderlo porque al muy idiota le aterraba el matrimonio.

—Cielo, ¿estás llorando? Ven aquí.

Su madre la consoló sin hacer más preguntas.

Solo por eso, Daphne pensó que, quizás, merecía saber parte de lo que estaba ocurriendo, porque estaba claro que algunas cosas de la historia sería mejor que siguiese quedándose para ella misma. Se inclinó sobre el primer paquete y sacó un vestido de un amarillo limón precioso, suave y

escotado en el centro, perfecto para ella.

Se puso el vestido por encima y sonrió entre lágrimas.

—He conocido a alguien, mamá —admitió al fin.

—¡Lo sabía! Ya decía yo que tenías la mirada más brillante. ¿Ha sido por correspondencia? Cuéntamelo todo, ¿quién es? ¿alguien que conozca?

—Pues... sí, pero me temo que no te gustaría.

—Oh, cariño. Me gusta si te gusta a ti y si te trata así de bien... —comentó desviando la vista hacia los carísimos y exquisitos vestidos—. Es evidente que le importas. ¿Sabes? Cuando me casé con tu padre, lo hice sabiendo que no era el hombre más importante de la ciudad ni el más poderoso que pudiese conseguir, pero me enamoré de él.

—Lo sé. Aunque en este caso es distinto...

—Vamos, dime su nombre.

—Sebastian Cook.

—¡Por todos los santos! ¡Daphne!

—¡Has dicho que lo importante era el amor!

—Sí, pero no de un hombre... no de... ¿él te ha comprado todo esto? No sabía que alguien como él pudiese ser siquiera considerado —objetó—. Qué sorpresa.

—Puede ser considerado, solo cuando quiere, claro.

—¿Estás enamorada de él?

Daphne asintió con la cabeza.

—Pero no temas, ya ha terminado todo.

Ella no entró en detalles y su madre le permitió aquel resquicio de intimidad y no la presionó más. Se quedó un rato con ella en la habitación tras pedirle a la doncella que les subiese unas tazas de té y, después, la dejó sola para que pudiese bañarse y descansar un rato.

Dentro de la bañera, Daphne encogió las rodillas contra el pecho mientras le daba vueltas a todo lo ocurrido. Su historia había sido corta, pero intensa. Era mejor haberlo experimentado que no saber qué se sentía al amar a alguien, al abrazar el cuerpo desnudo de un hombre contra el suyo y al ser capaz de sentirse atractiva y deseada.

Al menos, siempre podría quedarse con eso.

Tras ponerse el camisón y meterse en la cama, cogió el pequeño sobre lacado que estaba sellado. Era, probablemente, las últimas noticias que tendría en su vida de Sebastian y quería alargar el momento todo lo posible. Por eso la abrió tan despacio, centímetro a centímetro, hasta sacar del interior una nota breve, pero escrita claramente con su pulcra caligrafía, esa que a ella la sorprendía para ser de alguien que no había tenido institutriz ni asistido a ningún colegio privado a los que iban la mayoría de los ricos.

Amor, espero que estos vestidos te gusten más que los de esa modista con la que será mejor que no me cruce en mucho tiempo; aunque,

debo admitir, que después de la última visita que le hice en su tienda, dudo que volvamos a hacerlo. Eres perfecta tal y como eres. El pecado hecho mujer.

Estaré encantado de demostrártelo durante muchas más noches...

Nos vemos a la vuelta de mi viaje.

Con amor, Sebastian.

A la mañana siguiente, alguien llamó a su puerta a toda prisa. Daphne estaba intentando escribir un breve texto cuando su madre entró en la habitación antes de que ella pudiese darle permiso. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión contrariada.

—¡Está aquí! —exclamó—. Está abajo.

—¿Quién? —preguntó sin entender.

—Él. Sebastian. Quiere verte.

Se puso nerviosa de inmediato.

—Pero no puedo, estoy casi sin arreglar...

—Es terriblemente insistente. E insolente.

Pensar en su madre diciendo aquello de él la hizo sonreír, como si fuese una chiquilla que había cometido una travesura. Suspiró hondo mientras se levantaba y fue a abrir la puerta, pero antes de que lo hiciese, él entró, seguido por el mayordomo.

Daphne agradeció en silencio que su padre estuviese de viaje.

Aquello era escandaloso. Como él mismo, claro.

—Lo siento, señorita. Ya le he dicho que no podía subir, pero este hombre no parece dispuesto a atender a razones ni a demostrar atisbo alguno de educación.

—Quiero hablar contigo —gruñó Sebastian ignorando al mayordomo.

—Eso ya lo veo. Y no sé si es buena idea.

—Por favor... —Fue un ruego.

Ella se ablandó de inmediato y asintió con la cabeza al ver la pregunta y la duda en los ojos de su madre, que terminó dejándolos a solas en su habitación, algo del todo inapropiado que ella le agradeció. Una vez se marcharon, Sebastian recorrió la estancia de lado a lado, resoplando como un animal y más alterado que nunca.

—¿Piensas decir algo? —preguntó ella pasado un minuto.

Él paró de andar y la miró fijamente.

—Sí. Que te quiero.

—Sebastian...

—Te quiero y quiero que seas mía y poder ser tuyo y solo tuyo, ¿no es eso al final un matrimonio? El problema es que me da miedo y necesito que me entiendas.

Se inclinó delante de ella, que estaba sentada en la cama.

La miró desde abajo, casi con adoración.

—De acuerdo. —Ella contuvo la emoción.

—Toda mi vida he estado solo, ¿puedes entender eso? La única constante fue Jack y eso ocurrió más tarde, cuando ya tenía unos ocho o nueve años y lo encontré en un callejón después de que le diesen una paliza por robar algo de comida porque se moría de hambre.

—Oh, Sebastian... —Le acarició el pelo.

—Mi madre me abandonó. Es decir, recuerdo el momento exacto en el que lo hizo porque ya tenía unos cinco años. Me dejó, literalmente, en la calle. Era una carga para ella. Ni siquiera sé cómo sobreviví, solo sé que lo hice, quizás por instinto. Pero pasé solo semanas, meses, comiendo lo poco que podía conseguir, durmiendo en la calle cada vez que salía de un orfanato porque había vuelto a desatarse alguna otra enfermedad contagiosa.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Nunca hablo de esto. No entrando en detalles, al menos. La cuestión es que me prometí que nunca dependería lo suficiente de otra persona como para que pudiese hacerme daño si me abandonaba... —Cerró los ojos—. Porque es más fácil así. Ya dejé que Jack entrase en mi vida y fue porque me recordó demasiado a mí unos años atrás, tan perdido y escuálido. Pero no hay nadie más que me importe de verdad, nadie... excepto tú. Has llegado y has puesto mi vida patas arriba, así que llevo desde el primer día que te vi intentando aclarar todo lo que siento y haciendo un esfuerzo por convencerme de que no podía ser amor, cuando me he reído tantas veces de

eso, pero sí lo es. Porque ya no imagino una vida sin ti.

No podía creer lo que estaba escuchando.

Sebastian, por fin, estaba abriéndole su corazón.

No a trozos, poco a poco, sino de golpe. Aquello era propio de él. Ese hermetismo para al final terminar explotando de sopetón con todas las consecuencias. Daphne se dio cuenta de que estaba llorando cuando él le limpió las mejillas con los dedos, mirándome.

—Me harías el hombre más feliz del mundo si te casas conmigo. Y te prometo que voy a hacer todo lo posible por dártelo todo. Todo lo que necesites, amor...

—Creo que todo lo que necesito lo tengo delante de mí.

Le sonrió entre lágrimas antes de inclinarse y besarlo.

Encontrar sus labios de nuevo fue como respirar.

—Eres el hombre más testarudo que conozco.

—Pero aquí estoy finalmente.

—Aquí estás finalmente.

—Para siempre.

EPÍLOGO

Pss. Pss.

Se dice, se rumorea, se comenta que la boda más impactante de la temporada se celebrará en secreto este mismo fin de semana en una capilla a las afueras de la ciudad. Lady Daphne y Lord Sebastian Cook van a contraer matrimonio después del aura de escándalos que los acompaña desde hace ya varias semanas. ¿O es que acaso el incipiente vientre de la joven prometida podría deberse a una postura poco afortunada en la última fiesta en la que se la vio? Esta servidora no lo cree, desde luego.

Lástima que vayamos a perdernos los detalles más jugosos sobre el vestido de la novia (y si se ajustaba a su cintura, guiño, guiño) y sobre el apuesto novio. Parece que todos los diablos de Londres están cayendo en las redes de las damiselas más inesperadas, ¿quién lo iba a decir hace unos años?

A.J.K

Daphne lanzó el periódico volando hasta la otra punta de la habitación. Sebastian, por el contrario, sonrió débilmente y fue a recogerlo antes de acercarse a ella.

—No te enfades, amor.

—Me enfado porque ni siquiera sabe escribir correctamente.

—A mí me ha parecido correcto.

—Ya, pero me da igual. Es injusto.

—Es justo lo que tú hacías hace unos meses.

—Claro, pero cuando no se trataba de mí me parecía divertido. —

Hizo un mohín que a él le pareció adorable—. Ahora todo el mundo sabrá que estoy embarazada.

—Mejor. Así estás arruinada del todo —bromeó Sebastian acariciándole la barriga distraídamente con la mano antes de ayudarla a ponerla en pie tirando de sus brazos—. ¿No deberías estar ya cambiándote de ropa? Llegarás tarde a tu propia boda. Tantas ganas que tenías de casarte y mira quién lo diría ahora...

—¿Por qué sigues repitiendo eso? Yo no quería casarme, ya te lo dije. Fuiste tú el que cayó rendido a mis pies y me pidió matrimonio. —
Parpadeó coqueta.

Él puso los ojos en blanco antes de sonreír.

Luego se despidió de ella con un beso y llamó a su ayudante de cámara para que le echase una mano con la ropa que debía ponerse. Un rato después, acompañado por Jack, se dirigió hacia la pequeña iglesia en un pueblo cerca de la costa en la que iban a casarse.

Ninguno de los dos había imaginado que lo harían tan pronto, pero,

claro, cuando se comprometieron no se les pasó por la cabeza que ella ya se había quedado embarazada tras esa primera vez que le hizo el amor en su despacho.

Su despacho. Ese lugar que había dejado de ser su casa. Porque ahora, por fin, tenía un hogar. Había dejado que Daphne cambiase toda la decoración e hiciese de su pequeña mansión en Mayfair un sitio agradable y acogedor al que, sin duda, él estaría deseando acudir cada día al terminar la jornada en el club, ansioso por ver a su esposa y a su futuro bebé.

—Sonríes como un idiota bobo —le dijo Jack.

—No te pases. —Le dio un codazo con fuerza.

—Ven aquí, hermano. —Lo abrazó entonces.

Luego entró en la iglesia, con Samuel y Jack acompañándolo, cada uno a un lado. Los tres se habían convertido en un tridente inseparable durante los últimos meses. A fin de cuentas, el duque de Wellington no era tan estirado como creyó en un primer momento; se convertía en el más divertido de la sala en cuanto se bebía una copa de coñac.

Les palmeó la espalda cuando llegaron al final y les dio las gracias.

Luego esperó con impaciencia hasta que las puertas se abrieron y ella entró. No miró a nadie más. Sus ojos no se detuvieron en la familia Smith en ningún momento ni tampoco en Sophie, en Anne o en el crío que lloraba desde algún lugar del fondo, él solo podía mirar a la chica de cabello de fuego y sonrisa preciosa que caminaba hacia él dispuesta a pasar el resto de

su vida a su lado. Tenía ganas de empezar esa nueva vida.

Cuando llegó junto a él, se contuvo para no dar un paso y besarla.

Aquello habría sido muy poco apropiado, pero ya le daba igual.

Miró al sacerdote que iba a empezar la ceremonia.

—¿Sabe una cosa, señor? Casi puede ir directo al final, porque sí quiero casarme con ella y ella sí quiere casarse conmigo. Y créame, estoy deseando salir de aquí con mi mujer.

El hombre miró a Daphne y alzó las cejas.

—¿Siempre es así de impaciente?

—Siempre —corroboró ella.

Se escucharon algunas risitas al fondo ante las que él terminó apretando los labios y aguantando la ceremonia mientras la miraba fijamente (por suerte, fue corta). Cuando salieron de allí, lo hizo cogiéndola de la mano y, tras despedirse de sus familiares y amigos, montaron en el carruaje que los esperaba y pusieron rumbo al pequeño pueblo en el que iban a pasar unos días de luna de miel, algo sencillo y no muy lejos por su embarazo.

Él la besó de inmediato, cogiéndola por las mejillas.

Sus labios fueron exigentes y voraces.

Al separarse, ella sonreía como una tonta.

—¿Quién iba a decir que terminarías tan ansioso por casarte?

—Muy graciosa —masculló antes de volver a besarla como si en lugar de quedarles toda una vida por delante, el reloj corriese en el sentido

contrario. Daphne sonrió con sus labios aún sobre los suyos y se estremeció cuando supo que él estaba desnudándola allí mismo, en el carruaje, minutos después de formalizar la boda con la que siempre soñó.

—Voy a recordarte cómo empezó todo esto. Y a demostrarte que puede ser aún mejor —susurró él en su oído, haciéndola temblar de placer—. También a darte una lección porque, a partir de ahora, amor, nada de irrumpir en clubs de juego en busca de un amante, ¿de acuerdo? De eso, creo que podré encargarme yo.

—Estoy deseando que me lo demuestres.

Él sonrió travieso y ella lo besó, pensando en todas las mañanas y todas las noches que iba a poder hacer aquello. El corazón le latió con fuerza.

Y pensó que por fin tenía su *felices por siempre jamás*.

FIN.

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis.

Serie Seduciendo...



Todas las de la serie Magazine...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La
promesa
de un beso*



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregandoselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



